

VALLISOLETANA

Revista de los antiguos y actuales alumnos del Colegio de San José de Valladolid

.....
AÑO VII ♦ NÚM. 21 ♦ (CON LICENCIA ECLESIASTICA) ♦ MARZO DE 1924
.....



*Con el mayor amor y efusión, saluda VALLISOLETANA a! excelso Patrón
del Colegio.*

Boletín de la Asociación de antiguos Alumnos

De la Casa Pensión

INSISTIENDO

Al ver el entusiasmo que en la última Asamblea suscitó entre los asociados el plan de la Casa-Pensión, se preguntaban muchos asambleístas el por qué de tan notable acontecimiento. Buscadle en el amor innato de los padres a sus hijos. ¡Cuántas madres, al verse obligadas a mandar a sus hijos a las grandes ciudades, para cursar los estudios universitarios, tiemblan y se estremecen como si les enviaran a luchar en los campos de batalla!

Y, efectivamente, lucha continua y no interrumpida es, en el orden moral y en el intelectual, la del estudiante que pasa de la tranquila vida del Colegio a la agitada y libre de la Universidad.

La atmósfera indiferente de las grandes ciudades, los espectáculos inmorales, los compañeros incautos o perversos, la curiosidad malsana y los ardores juveniles, enemigos son, que asedian por todas partes al estudiante en los primeros años de su carrera. Milagroso sería que pudiera salir incólume de tantos peligros físicos y morales.

Añádase a ésto el escaso aliciente que encuentra para el estudio en los días de clase y las frecuentes vacaciones, que le están casi invitando a emplear el tiempo en recreos o diversiones más o menos peligrosas.

Acostumbrado a la vida y disciplina del Colegio, obra después como si no tuviera obligación de estudiar mientras no resuene en sus oídos el sonido de la campana, o mientras no se le fijen de antemano hora y local acomodados para cumplir con sus obligaciones escolares.

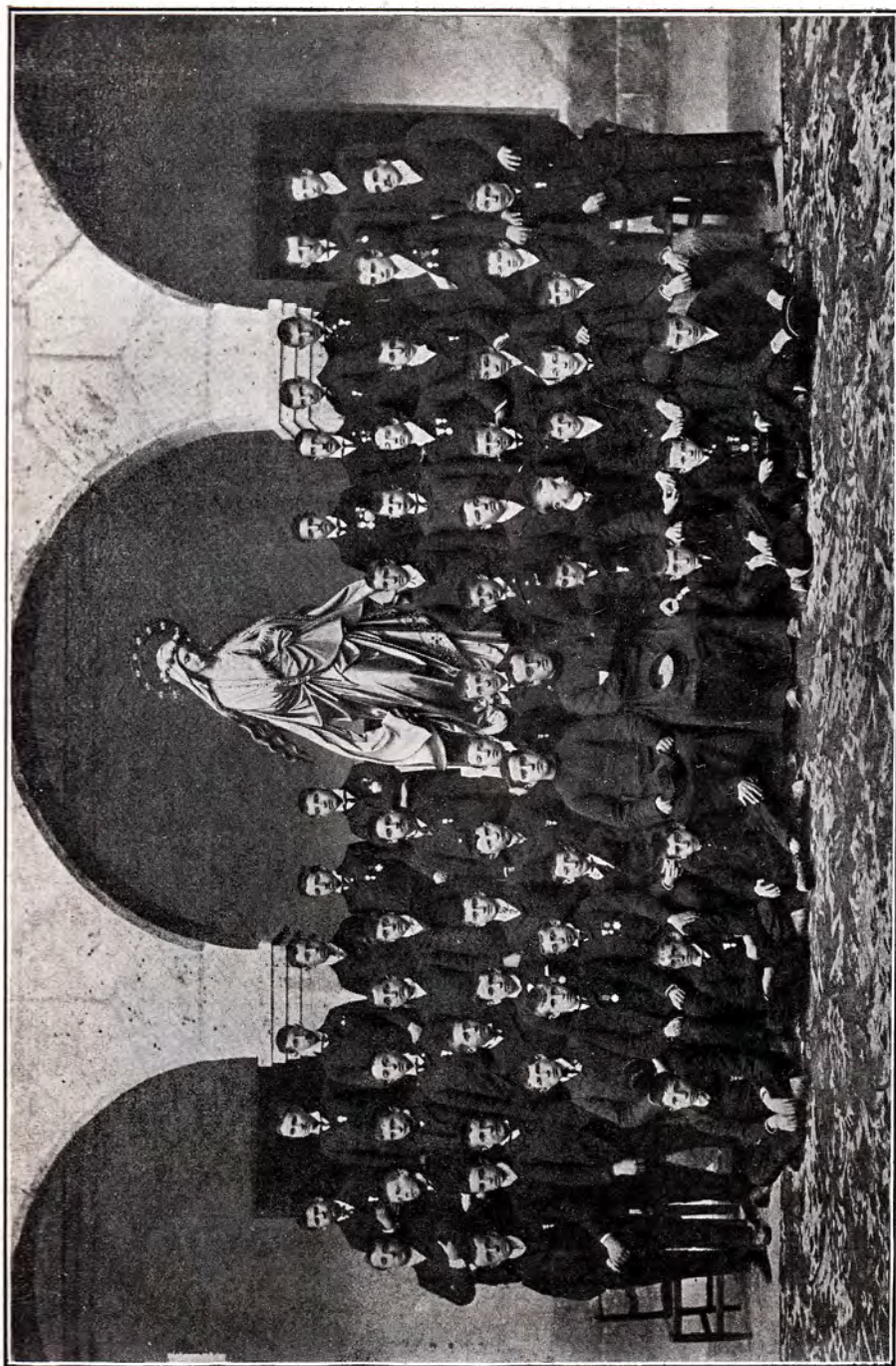
Quizá por eso son tantos los jóvenes que se ven obligados a empezar sus estudios, después de terminar la carrera, si quieren prepararse dignamente a unas oposiciones que les asegure un brillante porvenir.

Considerando estos peligros la «Asociación de Antiguos Alumnos» dictó el artículo 5.º de su Reglamento, en el cual se expresa ya claramente la idea de la Casa-Pensión que esperamos sea pronto un hecho consolador.

En ella procuraremos, en la medida de nuestras fuerzas, evitar esos peligros y dar a los jóvenes sólida formación intelectual, moral y religiosa.

¿QUÉ SERÁ LA CASA PENSIÓN?

No será, como algunos piensan, un internado al estilo de Deusto; porque no encuentra la Asociación ni recursos económicos ni personal para tan magna obra; por lo demás, bien persuadidos están los iniciadores de este proyecto, de que el único medio para evitar des-



1.^a División.—Curso 1901-1902.

lices juveniles y desgracias lamentables, es alejar a los jóvenes de las ocasiones y peligros de caer en ellos. Tampoco será una residencia de estudiantes donde se dé libertad omnímoda para salir y entrar a cualquiera hora del día y de la noche y donde apenas se preocupen los directores de evitar los peligros de pervisión que brotan espontáneamente en toda reunión de jóvenes, y más, si las circunstancias externas (como en muchas casas sucede) favorecen o invitan a la relajación en sus costumbres.

Será una Casa de familia o Centro donde se vele, ante todo, por la moralidad de los alumnos. A este fin, se elegirán directores de reconocida virtud que se encarguen de seleccionar, no sólo a los pensionistas, sino también a la servidumbre. Se redactará un Reglamento interior en el que se exprese claramente las obligaciones morales y religiosas de los jóvenes y se urgirá su cumplimiento con todo rigor y justicia, para que toda falta injustificada, tenga sanción inmediata y eficaz.

En el orden pedagógico se les dará toda las facilidades posibles para el estudio, obligándoles a permanecer en sus aposentos, durante las horas señaladas para ello, y vigilando diariamente su asistencia a las clases y enterándose de su aprovechamiento en ellas.

En el orden religioso se procurará la formación del espíritu cristiano y fomento de la sólida piedad, ya con exortaciones familiares, ya con instrucciones religiosas y prácticas de devoción.

Todos los pensionados han de alistarse en la Congregación de María Inmaculada y de San Luis, y esmerarse

en cumplir con los deberes de buen Congregante.

Siguiendo la costumbre que aprendieron los iniciadores de esta obra en el Colegio de San José y deseando dar mayor seguridad a las familias, se tendrá particular empeño en informarles, tanto de la conducta escolar, como de la conducta moral de los pensionados.

¿QUÉ PODRÁ SER LA CASA PENSIÓN?

Insignificantes son los principios y modestas las aspiraciones de los iniciadores de la Casa-Pensión, pero al fundarla tenemos fija la mirada en aquellos Colegios Mayores de Alcalá, Salamanca y Valladolid, y nos halaga la idea de que nuestra Casa-Pensión, sea el primer paso para resucitar en nuestros días, aquellos tan gloriosos Colegios.

Mientras tanto, y a medida que vaya desarrollándose la Casa-Pensión, iremos estableciendo en ella una Biblioteca amplia y bien surtida, para consulta de los Escolares, salas de estudio para los pensionados y para los que estén bajo nuestra tutela en el protectorado de San Pedro Regalado, cursos de conferencias apologéticas, jurídicas, científicas y sociales; repaso de lecciones principalmente en los últimos meses de curso, preparación para Academias y carreras especiales, cosas todas que darían realce a la Casa-Pensión y mucha gloria a la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de San José.

¿QUÉ FALTA!

Conocido tan hermoso proyecto con ideales tan levantados y prácticos, tan

acomodados a las necesidades actuales de la juventud escolar, no falta más que (a la decisión laudable de la última Asamblea) se una la resuelta, entusiasta y decidada voluntad de todos los asociados y de cuantas personas simpaticen con la idea de la Casa-Pensión, haciendo viable, por cuantos medios estén a su alcance, la labor encomendada a la Junta Directiva de la Asociación de Antiguos Alumnos.

En otros artículos hemos expuesto el modo práctico de cooperar a esta empresa que ya no cabe ponderarla más, porque están en la conciencia de todos su necesidad y sus provechosos resultados.

En la Asamblea de este año, ¿no podremos con el esfuerzo la ayuda y la cooperación de todos, abrir las puertas e inaugurar la Casa-Pensión como resultado de ella?

Hagámonos todos propagandistas de

esta obra hasta verla realizada, contribuyamos a ella unos por conveniencia y utilidad propia, otros por espíritu de cristiano compañerismo, todos por cumplir los fines de nuestra Asociación. Busquemos simpatías para nuestra obra, no sólo entre nuestras relaciones y amistades, sino también entre aquellas personas y familias cuyos hijos estén en vísperas de cursar los estudios universitarios y estemos seguros de que con nuestros entusiasmos, con nuestra propaganda, con nuestra cooperación activa y práctica, la obra se realizará y será un hecho en breve plazo; y la Asociación se sentirá orgullosa de sus asociados que han sabido crear para ellos, para sus hijos y sus cooperadores, una obra social y pedagógica en bien de la juventud que llene de satisfacción a cuantos han sentido entusiasmo por ella y llevándolo a cabo han cumplido con un deber.



Federémonos para la lucha de mañana

Por nuestra Revista VALLISOLETANA, sabemos todos los antiguos alumnos que se han constituido asociaciones similares a la nuestra, en casi todos los Colegios de la Compañía de Jesús en España. Hace ya tiempo que se inició en Valencia la Federación de las Asociaciones de todos esos Colegios. Prueba palmaria de que hemos comprendido

por ellas como cristianos y como ciudadanos, dejasen a merced de una anarquía doctrinal las tiernas inteligencias de nuestros queridos hijos.

Nadie puede dudar de la influencia social tan grande, que en la regeneración de nuestra patria, ha de ejercer la Federación nacional de nuestras asociaciones, que vendrían a ser como Sin-



Cuadro artístico de los antiguos alumnos

la necesidad, cada día mayor de asociarnos para que la educación cristiana de nuestra niñez sea el norte que nos guíe en nuestra vida social, y las enseñanzas que recibieron nuestras inteligencias, sean custodiadas y guardadas por nosotros, para que al heredarlas nuestros hijos, vayan sí, avaloradas con el progreso de los tiempos, pero nunca mancilladas por quienes, no velando

dicatos Católicos intelectuales. Todas las nuevas cuestiones que, como consecuencia de la post-guerra, han de plantearse, se resolverán en dos campos, que si bien han de ser completamente opuestos, según el espíritu religioso se infiltre o no en ellos, en cambio han de seguir el mismo procedimiento; la Sindicación. Asociémonos, pues, los que comulgamos en la Santa Religión

Católica Apostólica y Romana, y procuraremos que la educación en España sea cristiana y que la enseñanza se amolde a un plan pedagógico que vaya despertando gradualmente las facultades del niño, pues aún hay muchos maestros que, al parecer, ignoran que si el niño posee las facultades intelectuales, es el maestro quien ha de buscarlas y dirigir las en el niño.

Educad a los pueblos en un ideal religioso y patriótico, y veréis cómo a medida que se van afianzando esos dos ideales, va también prosperando la Patria en todos los demás órdenes de la vida, tanto moral como intelectual y materialmente.

Entendemos que este es el único camino de posible regeneración, porque es en los Colegios donde radica la serie de todo lo que puede ser grandeza y prosperidad nacional; es en los Colegios donde se arraigan aquellos ideales que luego se propagan y se defienden en el taller, en la fábrica, en el campo y en el escritorio; y después cuando el joven llega a constituir una familia, les lega a sus hijos, llegando así, paulatina pero seguramente, a la expresión del modo de ser y sentir nacional.

Convencidos, pues, de que la Fede-

ración es necesaria, si queremos cumplir nuestro deber de cristianos y de españoles, contribuyamos todos, en la medida de nuestras fuerzas, al resurgimiento de esta obra grande y hermosa.

El lema principal de ella ha de ser, la Ciencia escudada por la Religión, para que aquélla brille a la luz de ésta, como en los tiempos en que nuestra Patria fue grande, porque grandes eran sus universidades y cristianos los hijos que de ella salían.

Todo lo que contribuye al triunfo de la Religión y del engrandecimiento de nuestra Patria, reclama imperiosamente de nosotros el deber de asociarnos para dar fe de vida, de nuestros sentimientos religiosos y de nuestras virtudes cívicas; si hay algunos indiferentes, o que conserven ciertos prejuicios sobre esta hermosa obra, desde aquí les decimos que sólo tratamos de cumplir como cristianos y como españoles y que queremos y deseamos desde el fondo de nuestra alma, dar un abrazo a todos los que con nosotros tuvieron la suerte de cobijarse bajo los pliegues del manto de Nuestra Madre del Cielo y de otra madre también nuestra: nuestra querida España.

G. E. B. (Ex-alumno)



Sección informativa

MAS ADHERIDOS.—D. Juan Manuel Duro Rodríguez, estudiante de Derecho; Constitución, 8, Valladolid.

D. Alberto Montalvo Blanco, estudiante de Medicina; Miguel Iscar, 8, Valladolid.

D. Manuel Montalvo Blanco, estudiante de Ingenieros; Miguel Iscar, 8, Valladolid.

Rivera y Trigo-Figueroa, estudiante de Medicina; Leopoldo Cano, 20.

D. Antonio Rodríguez San Martín, estudiante de Derecho; Claudio Moyano, 10 y 12.

DIPUTADOS PROVINCIALES.—Han sido honrados con este cargo en Valladolid los señores siguientes:

D. Arturo Illera, don Eusebio Villanueva, don Afrodísio Fernández Samaniego, don José Vázquez Illá.

EN MADRID.—Federico Rubín de Celis y Luis Portillo Valcárcel.

EN SALAMANCA.—D. Emilio García Sánchez y D. Manuel López Chaves.

EN PALENCIA.—D. Zoilo Zuazagoitia y D. Alvaro Velasco Jalón.

EN SEGOVIA.—D. Juan Gil Escorial.

NAVA DEL REY.—Ha sido nombrado Alcalde el socio Vitalicio, don Juan Domínguez Delgado.

ASCENSOS.—Por méritos de guerra, han ascendido a General de brigada, don Ignacio Despujols, quien en atenta carta nos ofrece sus servicios como Jefe de Estado Mayor en la cuarta región, y D. Gabriel Benito Ibáñez de Aldecoa, a Teniente Coronel de Caballería

y D. Antonio Rodríguez Pillado, a Comandante.

Ha sido nombrado Secretario de Causas de la 1.^a Región el Capitán de Caballería, D. Eduardo Pérez Hickman.

Teniente Fiscal de la Audiencia de Zaragoza, D. Mariano M. Fernández Rodríguez.

Fiscal de la de Gerona, D. Ignacio Lecea.

ENHORABUENA.—Se la transmitimos muy sincera, al Capitán de Intendencia, don Santiago Parra Mateo, por haber sido agraciado con la medalla de Mérito Militar, por su heroico comportamiento en los combates de Tizzi-Azza, librados en Mayo último.

D. José Ramón Orue, Profesor de Derecho Internacional de las Palmas, ha tenido la atención de enviarnos su hermoso discurso, pronunciado en la Universidad el 1.^o de Octubre último, en la solemne inauguración del curso.

BODAS.—Nos han comunicado su efectuado enlace:

D. José Samaniego Grande con doña Felisa Curiel Muñoz.

D. José María Camaño y García de los Ríos con doña Carmen Manglano Solís.

DIFUNTOS.—Se nos ha pasado aviso de la cristiana muerte de don Ramón Remolar y don José M.^a Monasterio.

Don Alejandro San Román, D. Amado y D. Pedro Salas y Medina de Rosales y D. Federico Ustara, piden una oración por las almas de sus madres, y D. Francisco Bocos, por la de su hermana recientemente fallecidas.

De otras asociaciones

GIJÓN.—El 16 de diciembre, celebró su reunión anual, con asistencia más numerosa que en los años anteriores. De la memoria publicada en «Páginas Escolares» entresacamos los siguientes datos. El acto más notable fué la velada de la noche, en la que pronunció un discurso de mucha actualidad, don Santiago Fuentes Pila, (antiguo alumno de Orduña y Deusto). Durante el año han promovido los Ejercicios de San Ignacio en retiro, y se han dado varias tandas en el Colegio y en la Casa de Celorio (Llanes). Han quedado tan gratamente impresionados, que el señor Presidente dijo en la Asamblea: «todos los que fuimos el año pasado, todos seremos reincidentes, todos seguiremos yendo este año y los venideros».

Se aprobó el proyecto de federación de todas las asociaciones y se nombraron tres miembros de ella, para gestionar y activar en Madrid este asunto tan importante.

VALENCIA.—También trataron estos entusiastas compañeros en su Asam-

blea el tema de la federación, y determinaron prestarle su más decidido apoyo. Han elevado una instancia al Excelentísimo Sr. Presidente del Directorio, solicitando la libertad de enseñanza, y como medio para llegar a ella, piden con carácter urgente el cuestionario único y el examen de Estado.

Sabemos que los de Zaragoza celebraron su Asamblea anual el 9 de diciembre, pero no podemos dar aún datos completos por no haber recibido (cuando escribimos estas líneas) el número de «El Salvador» en que han de reseñarse las fiestas.

NUEVA REVISTA.—El Colegio de Santo Domingo de Orihuela, ha publicado el primer número de la Revista «El Colegio», órgano de la Asociación de Antiguos Alumnos. Deseamos muchos éxitos a la naciente asociación y a su interesante Revista.

La próxima asamblea anual se celebrará el día 4 de Mayo, primer Domingo del mes de las flores.

Advertencia importante

Los antiguos cuadros que contenían los retratos de los que fueron Congregantes, se van a cambiar por otros de marcos más artísticos y algo mayores con el fin de dar cabida a muchos retratos de Congregantes que en los antiguos faltaban. Los que conserven retratos de sus años de colegial y deseen aparecer en las orlas con la cinta de Congregante, tengan la bondad de remitir uno a esta Secretaría; las dimensiones de retrato

y cartulina han de ser 10 por 7 cm., como máximo.

En los cuadros desde la fundación del Colegio hasta el 1904, están los retratos de los Congregantes siguientes:

Abarca, Antonio; Aguado, Luis; Aguirre, Leandro; Allúe, Ricardo; Alonso Blazquez, Francisco; Alonso Beldarrain, M.; Alonso, Francisco; Alvarez, Francisco; Alvarez M., Jpaquín; Alvarez Miranda, G.; Alvarez, Severiano; Andrés, Baltasar; Apalátegui, Ra-

món; Arévalo, Andrés; Arévalo, Constancio; Arévalo, Valentín; Arribas, Roberto; Arrillaga, Enrique; Arrillaga, Manuel.

Bagazgoitia, Francisco; Bagazgoitia, Laureano; Barandiarán, Antonio; Bayo, Román; Benito, Eugenio; Benito, Pedro; Benito, Vicente.

Cabeza, Cecilio; Cabrera, Teodoro; Calle, Francisco; Campoamor, Carlos; Campoamor, Manuel; Campoamor, José M.^a; Cardo, Tomás; Carlón, Veturio; Carmona Francisco; Carmona, Jesús; Carmona Menandro; Carro, Rafael; Cascón, Miguel; Cabanillas, Manuel; Colsa, Félix; Correa Federico; Corredor, Cristino; Corredor, Manuel; Cossío, Francisco; Crespo, Miguel; Cruz, Manuel.

Dávila, Ramón; Díaz, Gaspar; Díaz Espina, J.; Díaz Espina, R.; Domínguez, Juan; Dorda, Ignacio; Dorda, José; Duro, Juan.

Escobar, Remigio; Escudero, José M.^a; Ezpeleta, Joaquín.

Fábricas, José M.^a; Farguell, Emilio; Fernández, José; Fernández, Julio; Fernández Molón, O.; Fernández Murias, R.; Fraile, José M.^a

Gabilondo, Francisco; Gamboa, Primo; Gamboa, Segundo; Gándara, José Luis; García, Liberto; García, B.^a José M.^a; García Briz, Alberto; García Briz, José; García Briz, Jesús; García Briz, Manuel; García Gago, Antonio; García G., Valentín; García Martín, José; García de los Ríos, L.; García Sánchez, Emilio; García Sánchez, Ignacio; García Sánchez, José M.^a; García Sánchez, Juan; García Sánchez, Manuel; García Vélez, Manuel; Garrido, Diego; Giraldo, Rafael; Gómez, José; González P., Juan; González, Luis; González Solagaistoa, B.; Gortazar, Juan; Gutiérrez Juárez, F.; Gutiérrez Juárez, José; Gutiérrez Juárez, Ramón.

Hernández Sarabia, Juan; Hernández Sarabia, Francisco; Hernando, Juan Francisco; Herrador, Resituto; Herrán, Ramón; Herrera, Angel; Herrera, Carlos; Herrera, Enrique; Herrera, José M.^a; Herrera, Julio; Herrero, Casimiro; Hervella, Casimiro; Hervella, Serafín; Hickmán, León; Hoyo, Luis (del); Huidobro, Luis.

Illera, Angel; Illera, Arturo; Illera, José. Juaristi, Victorio.

Lamera, Antonio; Larrucea, Ricardo; Leccea, Ramón Ignacio; Leza, Daniel; López Chaves, Cándido; López Dóriga, Alberto; López Dóriga, Pablo; López Dóriga, Mi-

guel; López Hoyos, Angel; López Hoyos, Gabriel; López Hoyos, Ramón; Losada, Basilio; Llamas, Antonio; Llorente, Indalecio.

Mantecón, Alberto; Mantecón, Gabriel; Mañueco, Francisco; Mañueco, José María; Marcos, José M.^a; Marinero, Juan; Martín, José; Martín, Paulino; Martín, Vicente; Martínez Guitián, L.; Martínez Guitián, R.; Mateo, José; Mateo, Pío; Matilla, Rafael; Medina Sebastián; Mellado, Rafael; Monaterio José M.^a; Moreno, Francisco; Moro, Jesús; Moronati, Juan; Muñoz, Rosendo; Muñoz, Julio.

Oraá, Fidel; Ortiz, Enrique.

Parallé, José; Pardo, Alfredo; Pardo, Silverio; Pardo del Pobil, José; Pardo del Pobil, Luis; Pastor, Angel; Peláez, Teódulo; Pérez, Maximino; Pérez, Nazario; Pérez Hickmán, Eduardo; Pérez Hickmán, Leonardo; Pérez Moreno, Nicasio; Piñera, José; Pombo, José; Pombo, Manuel; Portillo, Adolfo; Portillo, Teodoro; Presmanes, José; Puga, Domingo; Puente, José M.^a

Quijano, José A.; Quijano, Ramón.

Redondo, José; Rico, Bernabé; Rico, José; Rico, Manuel; Rico, Pedro; Roiz, Gerardo; Roiz, Jerónimo; Romero, Daniel; Romero, Manuel; Rodríguez, Anastasio; Rodríguez, Germán; Rodríguez de Celis, Adolfo; Rodríguez Pardo, Ramón; Rodríguez Pardo, Santos; Roza, Manuel; Rubio, Isidoro; Rueda, Emilio.

Saavedra, Ramón; Sáez, Elías; Salas, Amado; Salcedo, Estanislao; Samaniego, Carlos; Samaniego, Jaime; Samaniego, José; Samaniego, José León; Samaniego, Julián; Samaniego, Julio; Samaniego, Ildefonso; Samaniego, Manuel; Sampedro, Luis; Sánchez, Andrés; Sánchez, Santiago; Sánchez, Hiscio; Sanjurjo, Casimiro; Sández, Ramón; Sández, Román; Serra, Wenceslao; Serrano, Jesús; Serrano, Rafael; Solano, Carlos; Suárez, Antonio; Suárez, José.

Torres, Gabriel; Trías, Martín; Trueba, Francisco.

Valcárcel, José; Vázquez G. Manuel; Velasco, Elías; Vigurí, Jesús; Villanueva, Anselmo; Villar, Jesús; Vicente, Ignacio.

Urrutia, Pedro; Uña, Miguel; Uña, Teodoro.

Zalvidea, Eduardo; Zuloaga, Jesús; Zumalacárregui, José M.^a; Zumárraga, Antonio.

Historias olvidadas

RECUERDOS DEL COLEGIO

II

No se si en los tiempos actuales existirán, (las modas vuelven) o si definitivamente han pasado al museo de los recuerdos históricos. En mi tiempo, existía un horrible kepis de visera grande y recta, galón dorado y bordados en oro, como gorra de uniforme: en el último año, este kepis que sin duda fué traído por los recuerdos de la guerra franco-prusiana, se sustituyó por un kuroki chato, en honor sin duda de la guerra ruso-japonesa; actualmente creo muy posible que la gorra japonesa se haya cambiado en gorra inglesa o en casco alemán en conmemoración de la lucha Europea y hasta esté en preparación un nuevo modelo copiado de los usados actualmente por nuestras tropas en Africa.

Fué también en mi época cuando se vió el último sombrero hongo; lo llevaba un externo libre, era un cómico sombrero color café con leche, que más de una vez mereció algún cariñoso pelotazo; después de aquél, no he vuelto a verlos más: se sustituyeron por las boinas, sin duda en recuerdo de la guerra carlista; esta simpática prenda era verdaderamente el gorrillo de cuartel. Al principio hicieron furor las boinas palentinas grandes y colocadas en forma de tejadillo a dos aguas y muy echadas a la cara; luego, cada año que pasaba,

se iban acortando por milímetros y cada vez se iban echando más hacia atrás, el último año eran ya solideos: a seguir acortándose, hoy tendrán que verse con el microscopio del padre Valderrábano,

Otra de las cosas que conocí, y si no se han vuelto ha resucitar puedo creer con fundamento que fuí a su entierro,

fueron las Inmunidades; éstas eran unas tarjetitas que refrendadas por la firma de algún Padre, se convertían en títulos al portador, letra de cambio, o papel de multas; las hazañas meritorias se recompensaban con inmunidades, que luego servían para saldar horas de castigo en épocas «tormentosas».

Yo coleccioné algunas, por cierto, que por su exceso en la emisión, sin fondos de méritos suficientes de reserva, hizo que que-

brase el Banco, y los tales títulos perdieron todo su valor y desaparecieron de la historia.

Claro que los jugadores se jugaban estos billetes al tango, con la mayor tranquilidad: yo una vez gané treinta y siete horas por este «honrado procedimiento»; estaba radiante de alegría y pensaba reirme en las mismísimas puntas del bonete del padre Arrí, inventé la lapicera jeringuilla, de la que más adelante hablaré; el padre Arrí me condenó a una hora «a la pared»; cómica-



D. SANTIAGO MORALES
Socio vitalicio

mente fingí desolación, aunque me bailaba el diablillo en el cuerpo; cuando llegó el recreo, allí me fui con mi hora de inmunidad rebotando satisfacción... lo que después pasó es para cantarlo en una elegía; el padre Arri con sorpresa recogió la inmunidad, la miró detenidamente, la dió varias vueltas, creo que hasta la olió; si no lo hizo, a mí me lo pareció, y después de este examen inquisitorial, me miró furibundo y me contestó estas frías palabras: «Esta inmunidad es falsa y muy mal imitada, otra vez copie usted mejor la firma.»

No es cara, la que puse a Carlos Casas, verdadero falsificador de aquella edición de inmunidades; ¡para eso había estado haciendo primores jugando al tango!

Otra vez el buenísimo del P. Sierra, me concedió uno de los susodichos cartoncitos: era de la edición en que no se detallaba su valor, dejando el espacio en claro, para poder mostrar la generosidad los Inspectores y profesores. Dicho padre me puso un uno, yo en clase de Geometría añadí al uno un cero y aquel verdadero cheque aumentó en diez su valor; en la primera ocasión lo presenté al canjeo, no dudando de su éxito, pero el P. Mayordomo después de copiar al P. Arri en lo de mirar y remi-

rar lo escrito, sacó el lápiz e hizo una sencillísima operación aritmética y me devolvió la inmunidad, con la advertencia de que sacase en la pared el resultado. Como estaba muy mal en matemáticas, tardé en convencerme de la inutilidad del dichoso cartón más de un recreo. Ustedes comprenderán que después de estos dos fracasos no tuviese el menor interés en ser «avaro» de estas cartulinas al estilo de Germán González y Villarreal.

Otra de las costumbres que creo han pasado a la historia, es la clásica de asar patatas. Por aquellos tiempos, el paseo dominical se reducía sola y exclusivamente a ir a la Ribera, y el recreo en ella era asar patatas; las divisiones tenían en la huerta su sitio determinado y en cada división se formaban diversos grupos y se repartían los hornos que se improvisaban; en ellos, tras de quemar una cantidad de sarmientos considerable, se asaban las patatas que en la misma huerta a precios inconcebibles comprábamos (¡ay en estos tiempos, en que dicho tubérculo se ostenta como piedra preciosa en las joyerías!) Asadas y peladas, se repartían como la más exquisita confitura.

Todo se acaba, y esta costumbre se acabó y hoy quizás pocos lo recuerden.

III

Una de mis mayores contrariedades fué la reforma de la Enfermería; debióse ésta a la generosidad de Ricardo Cortes, generosidad que merece todos los aplausos, pero que para el mismo Ricardo y para mí, existe la contrariedad de ya no ser la Enfermería la «nuestra»; es mejor, es cual debe ser con arreglo a los adelantos modernos, pero perdió el carácter típico que la hizo tan deseada; con su elegancia tiene cierta frialdad.

Componíase la Enfermería de tres sa-

las, una para cada división y un botiquín en medio; se subía a ella por una escalera de caracol estrecha y un tanto oscura, y el adorno de sus salas consistía en un «decorativo» cuadro de los reyes de España, a los cuales, manos «republicanas» pusieron barba y mostacho, con menosprecio de la majestad de las efigies; cada sala tenía una estufa, a cuyo calor hemos soñado mil veces ilusiones irrealizables. Los entretenimientos de la Enfermería consistían en unos

libros de «La hormiga de oro», una caja de juegos, tresillo, ajedrez, damas, dominó y asalto, y unos rompecabezas cuya dificultad estribaba en pasar un aro a través de innumerables alambres. La población enferma se clasificaba en tres clases de enfermos: reales, que por ser afortunadamente enfermedades leves, duraban muy poco; estos enfermos apenas dejaban rastro. *Maulas*, o sea los que sin tener nada, habían conseguido enmascarar ante el P. Inspector, unas toses ficticias o dolores de cabeza imaginarios, para disfrutar de media semana en este delicioso paraíso, pues hay que advertir que el hermano Eceiza, aunque comprobaba la «bondad» de sus enfermos, los admitía con cariño hasta el primer jueves o domingo. La tercera clasificación era la de los *maulones*, en cuya lista tuve el honor de pertenecer, juntamente con Ricardo Cortes, Gaitero Cabanillas, José María Fernández Cabello, Ballesteros, etc. Los *maulones* no teníamos ni síntomas de enfermedad conocida, pero nos habíamos atrincherado en la Enfermería y no podían echarnos, ni las sonrisas del hermano enfermero, ni el ceño de los Inspectores, ni el P. Prefecto, ni el Rector, ni Primo de Rivera y yo creo que ni el Ángel que expulsó a Adán y Eva del Paraíso, hubiese podido echarnos a estudio. Pasaban días, pasaban meses y allí seguíamos con gran escándalo de la disciplina, desesperación de superiores, y envidia de inferiores. Terminamos yo creo, por convertirnos en algo propio de la estantería de cacharros del botiquín, hasta el punto que si por algún ataque de locura hubiésemos intentado bajar a clase, habríamos provocado una crisis tremenda, cual si en el botiquín faltase la quinina y el agua de Carabaña, y hasta el mismo Rector, si esto hubiese ocurrido, nos habría suplicado que no abandonásemos nuestro puesto.

Las sensaciones de la Enfermería me-

recerían todo un libro; la primera era la voluptuosidad de oír lejana la campanilla de los dormitorios y el lavoteo de los alumnos y el poder volverse del otro lado en la cama y seguir en un sueño de delicia; no había nada comparable con este instante, se oía luego el ruido de las camarillas al abrirse, las palmadas de los Inspectores y el ruido del andar de las filas... luego los rezos en la capilla; pero todos estos ruidos lejanos, muy lejanos, como en los sueños que se tienen los veranos cuando se recuerda el Colegio.

La campana voltea y el hermano enfermero entra a despertarnos, muchas veces con el humeante café con leche. Desde aquel punto empieza nuestra actuación en las salas, se charla con los que vienen a curarse..... media hora de pared, se juega al ajedrez, se diablea por todas partes y hasta se asoma uno al final del pasillo, en el lugar en que terminan los dormitorios y empieza la enfermería, para saborear de la delicia de..... suspendo el relato, no tenga un censor severo; «todo es humo, la vida es humo» y al final del corredor, solían meditar algunos en la vida.....

Por la Enfermería, a veces, cruzaban unos cuantos Padres muy viejecitos, ya retirados del «mundanal ruido» y del continuo batallar; eran niños viejecitos muy simpáticos, con almas de niño, que nos contaban cuentos maravillosos, relatos de misiones y hasta sostenían con nosotros una partida de ajedrez, en la que nos daban las dos torres o la reina y nos ganaban siempre.

El hermano Eceiza era el presidente de toda aquella grey, él que jamás tuvo un gesto de contrariedad ante nuestras «frescuras», jamás el más leve regaño a nuestras travesuras, jamás ni una impaciencia a nuestro continuo llamar al timbre, pidiendo a fontas y locas. ¡Oh, cuántas veces he recordado la caridad inagotable de aquel hermano, ante el

egoísmo de tantos que blasonan de filántropos! ¡Cuántas madres—duro es confesarlo—no tendrán con sus propios hijos, los cuidados, atenciones y desvelos, que este humildísimo hermano de la Compañía de Jesús!

Pero nos hemos puesto serios y no

está mal, pues en el jardín acaba el hermano portero de dar los toques reglamentarios anunciando al médico.

¿Qué nuevos síntomas de enfermedades desconocidas inventaremos hoy....?

EL NÚMERO 25,

SANTIAGO MORALES TALERO





El V. P. Luis de la Puente

¿Quién es el V. p. La Puente?

Su retrato lo dice, un gran asceta: su faz demacrada por las penitencias y vigili-
as, su mirada penetrante, hecha a sondear conciencias las severas líneas de su rostro están delatando un, caste-
llano austero, de se-
vero temple, un as-
ceta en toda la ex-
tensión de la pala-
bra. Enamorado de la perfección cristia-
na, soñó con alcan-
zarla, y en su con-
quista puso sus fuer-
zas, sus energías, su tiempo, su alma y su vida. Sus esfuer-
zos no fueron va-
nos. La suprema autoridad de la Igle-
sia, declaró en 16 de Julio de 1750 haber poseído las virtudes en grado heroico. Escritor incansable, dedicó todos sus ocios a poner en co-
municación al mundo con Dios, a acer-
car a Dios las almas, a levantar el vuelo de los corazones hacia la Patria. Sus obras, todas espirituales, han hecho y



Luis de la Puente

siguen haciendo un fruto incalculable. Han servido de alimento espiritual a in-
numerables almas en estas tres centurias en que han circulado con éxito creciente.

Las ediciones que de ellas se han he-
cho, pasan de cien-
to entre completas e incompletas. Las lenguas a que se han traducido, aparte el latín y algunas me-
nos conocidas, son casi todas las euro-
peas. Gran dicha la suya hacer que sus ideas vuelen sin ce-
sar, cual bandadas de palomas mensa-
jeras, llevando no-
ticias de Dios y del cielo: gran dicha la suya poder esparcir las centellas de sus afectos por tantos corazones donde aumentan el amor de Dios.

El 16 de Febrero se cumplió el tercer aniversario de su muerte. La ciudad de Valladolid, donde nació, donde vivió la mayor parte de su vida, y donde

murió en olor de santidad en 1624, ha dado ya muestras del entusiasmo y devoción que siente por el V. P. La Puente, una de sus glorias más puras, y se prepara para hacer más ostensible su amor hacia tan preclaro hijo con fies-

tas más solemnes. Dios quiera que en agradecimiento lo pague el siervo de Dios desde el Cielo con algún evidente milagro que acelere la causa de su beatificación.

V.

*Al V. P. Luis de la Puente en el III Centenario
de su muerte.*

*Ciencia de Dios, la ciencia que derramas,
Ciencia que al mismo Dios nos encamina,
Amorosa doctrina tu doctrina,
Conque a los mares de la luz nos llamas;*

*Y, aunque en sombra los anchos panoramas
Mientras la tarde del vivir declina,
Tu mente los amores adivina,
Porque conoces bien al que bien amas.*

*Feliz el varón justo que, guiado
Del resplandor de luminosa estrella,
Salió por esos mares embarcado,*

*Y, al gritarle del fondo aurora bella:
«Yo soy la luz», lanzóse confiado
De su bajel a naufragar en ella.*

AUGURIO SALGADO, S. J.

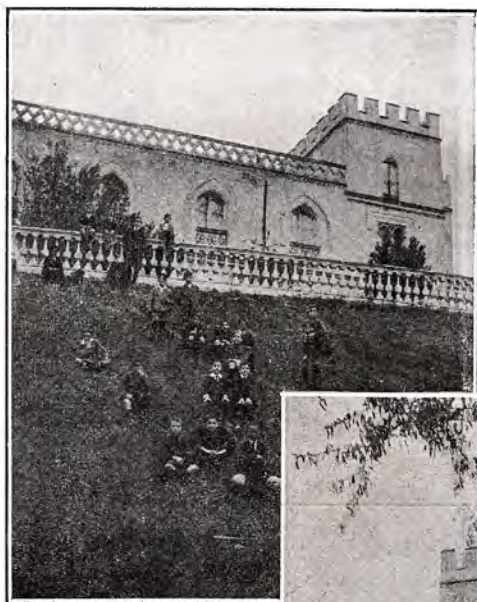


BOLETÍN DE ACTUALES ALUMNOS

Efemérides del Colegio

NOVIEMBRE

Día 28.—En la finca del Palacio de Canterac, cuyas son las dos fotos, tuvieron un día de campo los alumnos que hicieron las composiciones de verano.



DICIEMBRE

Día 2.—Con motivo del éxito del viaje de SS. MM. a Roma, los Alumnos dirigieron un telegrama de felicitación al Rey, concebido en estos términos:

«Alumnos del Bachillerato Colegio de S. José, S. J., de Valladolid, entusiasmados por el su-

blime discurso pronunciado por S. M. a los pies del Papa, le felicitan de todo corazón. ¡Viva nuestro Rey Católico y valiente!

Matias Alvarez, alumno de 6.º año de Bachillerato».

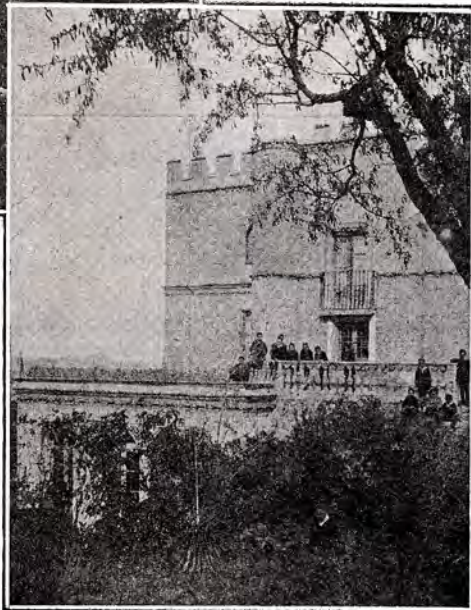
La contestación a este telegrama fué la siguiente:

«Jefe Superior de Palacio: Su Majestad a quien he comunicado su telegrama, me ordena comunicarle su agradecimiento por los sentimientos que expresa».

• •

Día 5.—**SANTO DEL P. RECTOR.**—Como a las seis de la madrugada de este día, muchos ya estábamos despiertos: yo oí sonar las campanas en el reloj de la torre y r.o se me antojaron, como de ordinario tristes y monótonas, sino consoladoras, encerrando en sus ecos una simpática nota de alegría. Aún era preciso esperar una hora. Al acercarse las siete advertimos unos pasos muy callados, girar la puerta sigilosamente, golpes metálicos mal disimulados y en el momento preciso romper el silencio en ca-

blime discurso pronunciado por S. M. a los pies del Papa, le felicitan de todo corazón. ¡Viva nuestro Rey Católico y valiente!



Vistas del palacio de Canterac.

taratis de armonía con una música marcial, bullidora, que al momento nos arrancó de la cama de muy distinto modo que el sonido de la campanilla tantas veces nos volvió a una realidad amarga, arrancándonos de los brazos de un dulce sueño. ¡Oh, la música! En aquellos instantes, quien más, quien menos, todos nos sentíamos artistas: ¡tachinda, tachinda!

Luego bajamos a la Capilla, donde oímos

visto muchos años ha. Abriendo la marcha los cabezudos despejaban la situación repartiendo zambombazos a diestro y siniestro. Seguían los ciclistas que montaban deprisita y bajaban más deprisita aun, a veces *inconvinientementi*. Detrás los gimnastas, corredores de aros, en su arte discípulos como los anteriores del P. Martínez. Luego los espatadanzaris vascos con sus vistosos trajes, y que en las múltiples com-



Comida en el campo del palacio de Canterac

devotamente la Santa Misa, celebrada por el R. P. Rector. No se qué sería: hasta las oraciones en medio de su seriedad me parecieron más gustosas que nunca. De la Capilla al comedor. Los churros calientes, característicos de los grandes días, no faltaron tampoco; pues... no faltaba más! Próximo a finalizar el desayuno, nos sorprendió gratamente la aparición de tres señores barbudos, que con aire de majestad publicaron desde la tribuna el programa socarrón... No hay que decir que los aplausos y ovaciones se sucedieron sin interrupción.

A la salida organizóse en los tránsitos una suntuosísima calbagata, cual no se ha

binaciones de sus danzas y tejidos lucieron los primores de un arte refinado. Enseguida una caracterizada cuadrilla de toreros, todo garbo. A continuación el clásico ayuntamiento, con sus varas, levitas y chisteras, de rigurosa etiqueta, acompañados de los tradicionales maceros y escuálidos *quilis*. Y rematando aquel derroche de arte, tres magníficas carrozas tituladas: «Guardameta en apuros», «Las partes del Mundo» y «Don Quijote en la aventura de los Molinos de viento». Por la admirable presentación se echó de ver claramente que el P. Respiño tiene para estas cosas una mano especial.

Todoaquél magnífico golpe de vista artística-mente combinado se coló por el objetivo del H. Alvarez, y sólo alguna cosa podréis apreciar por las fotografías colocadas en bello desorden.

La felicitación oficial fué a las doce y media en el salón de actos, donde se recitaron unas poesías al R. P. Rector. En cuanto a la música estuvo en su parte fundamental a cargo de los de sexto año, que cantaron donosamente una súplica de vacaciones triplicada. Terminado el canto, D. Juan Manuel Duro, como Presidente de los Antiguos, manifestó en breves y sinceras frases, la adhesión propia y de toda la Asociación a fiesta tan verdaderamente de familia para todos los que en algún tiempo vivieron en el Colegio. Para todos tuvo el P. Rector contestación adecuada en su ático discurso: para los actuales, para los antiguos y también para la petición de los próximos Bachilleres.

A la una el lunch. El comedor estaba espléndido, de toda gala; las columnas adornadas con ramos y banderas, las mesas con flores; don Jacinto, el amable Maitre d'Hotel, vestía de frac, cuello pajarita, etc. Ligera-mente hojeamos el menú (menudo... estaba). Nombres raros, enigmáticos, teórica-

mente ininteligibles; algo pudimos entender más tarde auxiliados por la experiencia. Todo era *perigordina*, *consommé* y cosas por el estilo. Cuando salimos, gruesas gotas comenzaban a des-

prenderse del cielo encapotado, y hubimos de refugiarnos en los cobertizos. Con juegos de cucañas, trampolín, circo improvisado, lec-

ciones de gimnasia, ejercicios de atletismo, una corrida relámpago, deslucida por el tiem-

po sin duda, y otras *varietés* entretenimos la tardehas.



ta la hora de la merienda, desde la cual nos trasladamos al salón de actos, gozando ya en nuestra imaginación con las graciosas

habilidades de Charlot; pero, por falta de corriente, hubimos de aplazar el pábulo de nuestra curiosidad hasta la noche siguiente en que quedó plenamente satisfecha.

Poco se habló y menos se comió aquella noche en la cena: es que todos sentíamos que se acababa uno de los días más felices de la vida del Colegio, de esos días cuyo recuerdo deja huella imborrable en nuestros corazones infantiles.

❖ ❖

Día 8.—La Inmaculada Concepción. Termina la fervorosa novena. En fiesta tan hermosa vimos acercarse por vez primera a la Sagrada Mesa, nueve niños de los Benjamines del Colegio, con el candor de los ángeles retratado en sus infantiles rostros y un alma transparente más blanca que el armiño. ¡Qué recuerdo tan dulce para todos! ¡Qué recuerdo para mí sobre todo! ¡Aquél ángel que me preparó para recibir las dulzuras de mi Dios, ha volado ya a gozar las de su gloria!

Función de iglesia con toda solemnidad por la tarde. ¡Vaya un predicador! Creíamos encontrarnos con la elocuencia del P. Yagüe y nos sorprendió con la suya el Padre Medina, que suplió la indisposición del Padre Yagüe.

❖ ❖

Día 9.—El P. Herrera invitado por la Asociación de Padres de Estudiantes Católicos de Valladolid, da tres conferencias

sobre el tema «Héroes de Castilla y León en la Reconquista» según las antiguas crónicas. Amenizadas con vistosas proyecciones y con lenguaje sencillo y pintoresco nos entretuvieron provechosamente, lo mismo que al selecto público que asistió. Los

peques asistirán, cuando sean mayores.

❖ ❖

Días 19 y 20.—Se conoce que estamos en tiempo del Directorio, y las responsabilidades están a la orden del día. A nosotros nos las quieren exigir tres señores muy serios que se han sentado *pro tribunali*, y tienen la curiosidad de irnos llamando uno por uno, para ver los progresos hechos en las distintas asignaturas. ¡Qué chasco se van a llevar! *Iudex ergo cum sedebit, quidquid latet apparebit, nihil inultum remanebit.* Que se puede traducir así: Cuando se siente el juez,—me

encontrará pez»,—y habrá que dar examen, otra vez.—Amargo va a saber el turrón a algunos este año.

❖ ❖

Día 21.—Cambiémos de estilo y volvamos la hoja. Vamos a oír no sé que cosas raras sobre los microbios-bacterias. Desde luego es cosa singular que unos bichos, o lo que sean, que no hay por donde cogerlos merezcan los honores de tanta atención como se les dedica. Pero, en fin, vamos allá.



Hace la presentación Martín Abril, Javier con las «Dos palabras de introducción» que decía el programa. Realmente dos palabras, tres minutos, lo cual quiere decir que hay empeño especial en no engañar a nadie; es bueno que se vea en un acto como este sobre todo.

Seguidamente escuchamos el Aria de

chaba de sus labios con fruición aquellas maravillas realizadas por los microbios.

De la impresión con que el público escuchaba la descripción de las materias infecciosas, de sus armas defensivas y ofensivas, no se puede juzgar por el juicio de algún aprensivo, porque los aprensivos no pueden oír esas cosas sin palidecer y



*Niños del Colegio que hicieron su Primera Comunión el día 8 de Diciembre,
festividad de La Inmaculada*

Santa Ludmila, de Dvorak, y a continuación aparece en la tribuna Altés Villanueva, Fernando. Desde el primer momento se vé que se trata de una *empollación*.

Con aire de hombre que domina la situación y la materia, desarrolla Abril el segundo tema del programa, es decir: «Las bacterias en favor del hombre; cuánto hay que agradecerlas; habilidades raras de las bacterias».

Estuvo *empollón* y el público, hasta los *peques*, que es cuanto hay que decir, escu-

nos consta que Carlón hizo palidecer a más de uno. Nosotros, los frescos, nos complacíamos más en otros comentarios que salían aún del pueblo menudo: «¡Qué hacha! ¡Vaya empollón!

Y hacha estuvo también D. Luis Quevedo Monfort, quien nos pintó allí a las bacterias por un lado, y por otro al organismo humano, luchando a muerte y los medios que se emplean de una y otra parte en esa terrible lucha. Todo claro y perceptible como su voz. Para terminar nos presentó

en una dispositiva la amable figura del padre de la microbiología, insigne bienhechor de la humanidad, Luis Pasteur, que fué saludado con una salva de aplausos.

◊ ◊

Día 22.—Bendito sábado: tú nos anticipas las vacaciones, porque el día 23, día clásico de las salidas, es domingo, y conviene santificar las fiestas. Con toda puntualidad acudimos a la portería las diversas expediciones. Unos pocos quedan en el Colegio, más aburridos que ostras.

◊ ◊

Día 29.—**La velada de inocentes.**—Según se había anunciado, y no todo lo profusamente que, según vimos después que merecía, celebró el cuadro artístico de la A. A. A. y en el salón de actos del Colegio, una de las veladas con que todos los años contribuyen a hacernos agradables las horas de vacaciones.

Consistió la que nos ocupa en la representación de «Las inhabitadas Columbres», adaptación de Los Cuatro Robinsones de García Álvarez y Muñoz Seca. Haciendo las necesarias modificaciones, el asunto quedó respetado en la forma aceptable.

Desde mucho antes de la hora anunciada se hallaba atestado el salón del selecto público que a todos estos actos suele asistir, entre el que nos encontrábamos los alumnos residentes en Valladolid. Muchos fueron los que vieron el espectáculo de piés y más... los que no pudieron verlo.

Al levantarse el telón tenemos la primera sorpresa, una espléndida decoración que nos transporta a una agradable quinta de recreo, obra como la del segundo acto que figura una isla rocosa con el Océano por fondo, del H. Álvarez. Aun a los que hemos podido admirar en otros actos, sus aptitudes pictóricas, nos asombró el alarde escenográfico. Muchos teatros que presumen, estarán peor servidos.

El mejor elogio que de los actores podemos hacer es que no desentonaron del inmejorable conjunto. Sólo lamentamos no

poder dar una exacta visión de lo que realmente fué. Veladas como esta honran a un cuadro artístico... y hasta otra, que ¡ojalá sea pronto!

Sólo le queda al cronista agradecer a todos en nombre de los asistentes el buen rato que nos proporcionaron.

◊ ◊

ENERO

Día 6.—Quisimos los externos alternar con los antiguos y preparamos el juguete cómico titulado: «Aaaah». Ya está preparado y nos lanzamos a las tablas caracterizados con todas las del arte por el doctor Samaniego.

Con todo orden se sucedieron en Retortijo los cuatro apretados *retortijones* que tanto costaron al Sr. Alcalde, protagonista del apuro. Los actores mantuvieron en continua hilaridad al distinguido público que con su presencia y aplausos, premió generosamente su labor y buena voluntad.

◊ ◊

Días 7 y 8.—Otra vez nos hallamos todos juntos comentando los principales sucesos de vacaciones, con unas caras que parecen tomadas de algún cuadro del Greco. ¡Y eso enseguida del pavo y del turron! ¡Contrastes!

◊ ◊

Día 9.—Día de retiro espiritual: nos cantaron las verdades del barquero, digo las verdades eternas. Gracias, P. Medina.

◊ ◊

Día 10.—Todos contentos nos acercamos a la Sagrada Mesa. Día lluvioso; no importa. Los futbolistas quieren lucir sus excelentes aptitudes en un partido Norte contra Sur, que ganan aquellos por seis goals a cero. Parece que se nota pérdida de entrenamiento.

◊ ◊

Día 12.—Cumpleaños del R. P. Prefecto. Vacación por la tarde. Después de opípara comida se celebró un encuentro entre los primeros equipos de 5.º y 6.º En arranques

arrolladores, los futuros bachilleres, colaron a sus contrarios dos pelotas por el marco. A la noche nos congregamos en el salón de actos, presididos por el P. Prefecto mismo, para presenciar una fiesta dramática.

«Tarsicio», título de la primera función, es un drama eucarístico en tres actos, en que se desarrolla la historia del niño Martir de la Eucaristía. No faltaron a los actores momentos de verdadero acierto. Lo más notable fueron las decoraciones de las catacumbas y el Foro Romano, pintadas por el H. Alvarez y de un efecto sorprendente.

Para suavizar la impresión que pudiera haber excitado el martirio de S. Tarsicio, la compañía cómica Pérez, Val y Comp.^a representó «Los años del tío Tinaja», diálogo del natural, desenvuelto con naturalidad y exactitud y que cayó muy bien en el público. Todos, en fin, se hicieron acreedores a nuestra felicitación por su meritisimo empeño.

◊ ◊

Día 17.—El Sr. Pradera, llamado por los estudiantes católicos, da en el teatro de la Casa Social una conferencia sobre los deberes de los jóvenes en las circunstancias presentes. Los alumnos de 6.^o y 5.^o año, ya capacitados por sus estudios filosóficos para seguir al orador en sus profundos raciocinios, asistieron a oírle, y le aplaudieron de gana por su brillantéz y elocuencia.

◊ ◊

Día 23.—La bandera nacional ondea en la fachada del Colegio, y parecía decir: ¡Viva el Rey! Viva el Rey, decíamos todos, alegres por la vacación que nos dió nues-

tro Soberano en el día de su santo, en el que le deseamos un millón de felicidades y muchos años de vida.

Los Cronistas,

LUIS G. QUEVEDO, LUIS LARRUCEA
y JESÚS AMIGO

◊ ◊

NECROLOGÍA



El día 14 de Enero falleció después de larga enfermedad en su villa natal de Bemibre (León), el aplicado colegial y fervoroso congregante Manuel Fernández Rubial, hermano del actual alumno José M.^u

Pidamos al Señor por él.





Receta para estudiantes

El encerado estaba cuajado de cruces y de aspas (cosa rara en aquella clase), o sea de signos de adición y multiplicación, en los que se apoyaban por un lado y por otro números y más números, que aprisionados entre dos rayitas o guiones, se descomponían en fórmulas cada vez más largas, más difíciles, más retorcidas. Mi espíritu anduvo un corto trecho por aquel andamiaje de letras y guarismos mal seguros, pero según iba subiendo por tan movedizos peldaños sintió un vahido en su atención, y vino abajo sin haber conseguido llegar al fin de aquel teorema, desde donde pensaba descubrir algunos de los horizontes que en la región de las matemáticas dicen están por explorar todavía. Herido en lo más vivo, y sintiendo al ver aquellas cruces y aspas pequeñas algo de lo que debieron sentir S. Pedro y S. Andrés en otras de mayor tamaño, no pude reprimir una mueca de disgusto y despecho al ver mi esfuerzo frustrado. No se escapó aquel gesto a mi querido profesor, hombre de mucha pupila y gran caletre, capaz, según decían, de abrir un pelo por la diagonal. En el acto dejó el trapo que empuñaba en su siniestra, soltó la barrita que aprisionaba con el pulgar e índice en su derecha, y manchado

como estaba con el polvo de la tiza, o como él solía repetir arañando en la lira de Horacio, *non indecoro pulvere sordidus*, tomó un polvillo de rapé y cual si hubiera sorbido una ráfaga de inspiración, chispearon sus ojos, se animó todo su continente, abrió su piquito de oro, y exprimióse en esta sustancia.

Era Manolín un niño como unas flores, listo como el hambre, ligero como el viento, vivaracho como una ardilla. Sus pies parecían dos torbellinos, sus manos dos enredadoras mariposas. Su alma no debía de tener bastante holgada la habitación en aquel cuerpecillo, y a veces parece que se le quería escapar por la boca en charla interminable y atropellada, o por las ventanas de sus ojos donde se ponía grandes ratos a pasar revista a cuantos objetos divisaba. Sobre su frente despejada caían en bello desorden, formando como una corona de oro, unos bucles rubios como los rayos del sol.

Al decir estas palabras, la voz de mi profesor perdió algo de su timbre argentino. Recordó sin duda que aquel adorno faltaba ya sobre sus sienes, pero en efecto, en su cabeza parecía haberse inspirado el artista que nos pintó a la ocasión sin tener por

donde cogerla. Mas volviendo a su tono, aquel pimpollo de muchacho de facultades tan despiertas, de ingenio tan pronto y perspicaz, no aprendía nada en la escuela, y era la desesperación de sus padres y maestros que se llegaron a pensar de que aquel niño era un grandísimo tarugo. Él por su parte iba a la escuela como si fuese a la horca: y si le hubieran preguntado qué era la escuela de su pueblo, la hubiera definido diciendo que era un lugar donde se encontraban todos los males sin experimentarse bien alguno. Y así era para él: no veía en D. Elías, su maestro, sino un verdugo siempre con la palmeta levantada, y con una cara seria que le daba miedo: sus bigotes le parecían dos puñales, sus ojos dos espías siempre en acecho. En cada cartilla veía un fantasma, y en cada libro un rompe-cabezas. Llegada la hora de la escuela, ya se sabía que sus ojos se llenaban de lágrimas, y su cara de llanto. Tener que dejar sus tambores y sus soldados de cartón y su gatito y su perro, a los que hacía llevar la peor parte en sus bromas, para ir a la escuela, era para él un acto heroico que le exigía diariamente su mamá sin más contemplaciones.

Una mañana estaba agarrado a los hierros de su balcón viendo pasar por la calle a multitud de gente, que, habiendo madrugado más de lo acostumbrado, se dirigía a la feria del vecino lugar, echándose cada quisque para sus adentros las cuentas de la lechera. Por debajo de sus pies miraba pasar nuestro Manolín las parejas de bueyes con grandes collares hechos de piel de tejón de los que colgaban sonoras esquilas; más atrás veía a los tíos de su pueblo con flamantes fajas encarnadas reblagados en sus perezosos borricos; de vez en cuando

el ruido de alguna fusta le anunciaba proximidad de algún carromato: y así se divertía viendo pasar tanta variedad de tipos y figuras, cuando le llamó la atención un ruido lejano, algo triste y desentonado que no armonizaba con la universal alegría que en el pueblo reinaba. Esperó un poco y vió asomar por la inmediata bocacalle las orejas de un burro que traía sobre su espinazo unas grandes alforjas, por cada una de las cuales sacaban sus hociquillos dos infantitos de la cerda, que iban gruñe que te gruñe, atronando a todos los vecinos del lugar. Manolín se hizo cargo enseguida de la angustia de aquellos desgraciados, conoció lo que significaban aquellas protestas, y llamando a su madre la dijo con una cara de lástima, reveladora de su noble corazón, esta frase cuyo contenido psicológico vale por un libro: «mamá, a esos también los llevan a la escuela?...

Pasado algún tiempo, Manolín, gracias a los consejos de su madre, se formó idea más razonable de la instrucción primera, se fué persuadiendo de que D. Elías, lejos de comer los niños crudos, era un hombre honrado a carta cabal; y trocando en amor su aversión cobró tal afición a los libros y a las letras, que muy pronto con pasmo de sus compañeros fué el que cortaba el bacalao en todas las secciones. Y lo que es más *volventibus annis*, llegó a ser ministro de Instrucción Pública.

Aquí mi maestro con toda su elocuencia familiar, que era mucha, y con toda la expresión de su agraciada fisonomía, que no era poca, nos repetía de mil modos: «¿Lo veis, lo veis? Para aprender hay que empezar por no tener repugnancia a la asignatura. Aun los alimentos que se toman con repugnancia no alimentan, y a veces no los

abrazo el estómago. Amad la asignatura. Estoy persuadido de que se aprende tanto con el corazón como con el entendimiento. El corazón es el que sostiene en sus luchas por la ciencia al entendimiento, que de otra manera abandonaría la empresa. ¡Ah! si muchos lo supieran no tendríamos tantos analfabetos».

Sus palabras no fueron predicadas en desierto: nos entró tal amor a las matemáticas, que todos los días salíamos de clase algunos minutos más tarde de la hora embebidos, como estábamos en las luminosas explicaciones de nuestro maestro. Y en los

tiempos desocupados nos juntábamos a repetir unos con otros por vía de solaz y esparcimiento.

De entonces acá la experiencia me ha comprobado muchas veces la verdad de esta receta: hay que amar la asignatura, hay que gustarla: sin eso no entra, no se pega. Enhorabuena a los maestros que saben presentarla de un modo atrayente a sus discípulos. Pero los que contribuyen a hacerla más pesada y aburrida, nunca tendrán una clase lucida. Esos deberían pedir el pase a la reserva.

VALLE.



LA COTORRA

Era un padre don Gil tan mentecato,
y en educar sus hijos fué tan nulo,
que la negra impiedad, el desacato
hallaban a sus ojos disimulo;
siendo siempre su frase acostumbrada:
¡pse! cosas de la edad: *¡Eso no es nada!*

Tantas veces soltó la frasecilla,
que la aprendió a decir una cotorra;
aplicando tan bien la taravilla,
que, a penas siente la infernal camorra
que suscitan los chicos, la taimada
entona con afán: *¡Eso no es nada!*

Mas los niños se hicieron zagalones
y a su padre devoran a pesares.
Y cuando el infeliz sus aflicciones
sin consuelo lamenta por millares
execrando a su prole malhadada,
la cotorra repite: *¡Eso no es nada!*

Ya de un hijo se encarga la Justicia
por no sé qué fraude o qué violencia;
ya del otro, recibe la noticia
de que herido salió de una pendencia;
y, al maldecir su suerte desastrada,
cántale la cotorra: *¡Eso no es nada!*

Pero al cabo, ya es fuerza que se enoje,
y en sus hijos la cólera desfoga.
Mas uno, el más audaz, al padre coge,
y, entre sus manos, con furor lo ahoga.
Y, al despedir el ánima angustiada,
la cotorra le dijo: *¡Eso no es nada!*

*Ay padres, madres! que en piedad, en orden
no educáis vuestros hijos: ¡indolentes!
Cuando, al fin, en los vicios se desborden,
serán vuestros verdugos inclementes;
y caro pagaréis la inocentada
de decirles a todo: ¡Eso no es nada!*

C. F.



Un libro interesantísimo

En la última página de la cubierta de esta Revista, se halla el anuncio del hermosísimo libro ¡VIVA ESPAÑA! que tan poderosamente está llamando la atención de los aficionados a las buenas letras y amantes de nuestra Patria.

Del mérito de este libro nos dará idea el distinguido literato y sagaz crítico D. Saturnino Rivera en el artículo bibliográfico que publica en *Diario Regional* el día 12 de Marzo actual y que reproducimos a continuación:

BIBLIOGRAFÍA

«¡VIVA ESPAÑA! Obra escrita por Félix G. Olmedo, S. J. Quien la dedica a los jóvenes y y niños españoles, Madrid-1924, 440 págs. Dibujos de J. Marcc-8.º marquilla.

Ninguna ciencia, ninguna faceta del saber humano templa el alma de los hombres como el conocimiento de la historia; en sus páginas áureas en que los hechos gloriosos o infaustos se concatenan con la enérgica trabazón de la evolución de la vida, todo tiene una enseñanza; en cada hecho hay una consecuencia de lo anterior y una causa de los que vendrán después y sobre todo flota el espíritu del hombre inquieto, desasosegado, heroico a veces, pegado al egoísmo otras, pero siempre fecundo en enseñanzas de vida.

Y si es'lo lo concretamos a la historia patria, nada podrá formar mejor nuestro espíritu, nada podrá templar mejor el alma del español que el conocimiento de su historia, que la sucesión metódica de nuestras

glorias, religiosas, civiles y militares; porque ahonda más y deja más fructíferos surcos en que ha de florecer la moral de la vida, el arado potente de los hechos sancionados por la conciencia secular, que el araño superficial de las teorías.

Pero un libro de historia un ideal libro de la historia patria, en que de cada hecho se dedujera una enseñanza moral, un canon de vida futura es obra que no se puede llevar a cabo, y los libros de historia tal como se hacen, sólo pueden ser fructíferos en este aspecto, para los que formada completamente su inteligencia, saben meditar sobre el libro; y la infancia estudia estas historias, tan indigestas para ella como la matemática.

Y es que los libros de historia para las escuelas, para los niños y los jóvenes, no debieran estar hechos por historiadores, sino por poetas y moralistas, por hombres de alma sensible que saben de la ley y del perdón, cuyo regazo es acogedor como el de las madres y en cuyos labios saben mezclarse con el amargor de las lágrimas presentes, la bienhechora sonrisa que añora el pasado y es una aurora de lo porvenir.

Y este vacío, la falta hasta ahora sentida de un libro de historia que no tuviera en cada una de sus páginas la arista viva y tajante de la fecha y junto al hecho glorioso llevara la ambrosía de la enseñanza moral, libro de agradable lectura y fácil comprensión, que hiciera latir el corazón infantil, viene por completo a llenarlo la obra del P. Félix G. Olmedo, que encabeza estas líneas.

En él de una manera amena, clara y fructífera pasa la enseñanza de la historia patria y no con la sequedad, por gloriosa que sea, del hecho perdido en el tiempo, si no situándolo con la magia del lenguaje en el espacio, explicándolo en forma novelada por un maestro (don Félix) prototipo del sensato saber y por un hidalgo castellano (don Gaspar) a un niño (Gonzalo) que en el aprender de las glorias pasadas, se prepara para poner cuando hombre todas sus actividades y sacrificios al servicio de su patria.

Y así el alma de la historia puede llegar al alma de la infancia y este libro, que no es para aprenderlo de memoria sinó para leerlo una y otra vez, en donde a una prosa sencilla y elegante se engarzan inspiradas poesías, es como un yunque en el que a golpes de la razón se podrán forjar en cuerpos de niños, almas de hombres que amen y comprendan a su patria.

Por otra parte su esmerada edición avallorada con admirables dibujos de Marco hacen de él el libro ideal de lectura para la infancia española».

S. R.

Y para dar una ligera idea de las bellezas de este libro y de los sentimientos que despierta, copiamos como muestra unos trozos tomados del Libro I «AMOR A LA PATRIA»:

«Ahora entenderás bien por qué se llama santo el amor a la Patria.

«Amarás a tus padres», nos dice Dios; y nosotros los amamos. Pero nuestros padres no son dos seres aislados, como dos fieras en un bosque; son dos miembros de una familia cuya sangre ha llegado hasta nosotros por una larga serie de generaciones.

Y esa familia, que es la nuestra, está unida a otras familias que han ocupado el mismo territorio, han profesado la misma religión, han tenido los mismos ideales, las mismas leyes. la misma cultura, los mismos destinos históricos que la nuestra; y han ido elaborando a través de los siglos las ideas, los sentimientos, las aspiraciones, que son como la sangre de nuestro espíritu. De este modo, aquel amor, que en un principio parecía destinado únicamente para nuestros padres, pasa luego a los padres de nuestros padres y se extiende a la familia, al pueblo natal, a la región, a la Patria.

Imagínate ahora un español cualquiera, un castellano, por ejemplo, cuyo amor patrio no traspasa los límites de su provincia, y sustituye la línea de puntos que la separan de las demás, por otra de cruces o de rayas, como las que señalan en los mapas los límites entre dos naciones. Ese tal, no sólo no sería buen español, pero ni siquiera buen cristiano, pues quebrantaría a sabiendas el precepto que manda honrar a los padres, por los cuales no son entendidos solamente los naturales, sino todos aquellos que tienen alguna autoridad en toda la nación, autoridad que él no estaría dispuesto a reconocer y acatar mientras no se despojase de sus ideas separatistas.

De manera que, si somos lo que debemos,

TENEMOS QUE AMAR A ESPAÑA,
A TODA ESPAÑA,

sin exceptuar un solo pueblo; y tenemos que amarla como es, no como la pintan ahora ciertos *chauvinistas* y patrioterros, que se dicen muy españoles y son los mayores enemigos de España, pues reniegan de su fe y de sus glorias religiosas, sin las cuales España no es España. A España hay

que amarla como es, porque es nuestra Patria; y la Patria, lo mismo que la propia madre, ninguno la elige a su capricho; acepta la que Dios le da. Pobre o rica, hermosa o fea, joven o anciana, mi madre es mi madre, y por eso la prefiero a todas las mujeres. Pobre o rica, grande o pequeña, feliz o desgraciada, tributaria de Roma o reina de dos mundos, España es mi Patria, y por eso la antepongo a todas las naciones.

No quiere decir esto que hayamos de amar todo lo que hay en España, bueno o malo. No: lo malo, si se conoce como malo, se odia y se detesta y, si es posible, se destruye; pero no se ama nunca; no se puede amar. Reconozcamos que hay males en España—¿y dónde no los hay?—; pero, en vez de sacarlos a la pública vergüenza, que esto jamás lo hace un buen hijo, procuremos remediarlos. Lo bueno, sí; lo bueno debemos amarlo en todas partes; pero más en nuestra Patria, por que nos toca más de cerca y lo podemos llamar nuestro. Como nuestro debemos mirar todo lo bueno que hay en España, y procurar que se conserve y vaya adelante.

* * *

Bravo, bravo!—dijo, penetrando en la habitación, un señor como de unos cincuenta años, de noble aspecto y finos modales.

Don Félix se puso en pie para saludarlo; pero don Gaspar, que así se llamaba el recién llegado, añadió, estrechando la mano del maestro:

—Iba a entrar hace un momento para ver cómo daba la lección mi sobrino; pero, al llegar a la puerta, oí la voz de usted y, como era tan hermoso lo que decía, no me atreví a interrumpir su explicación. No sé lo que habrá sacado de ella mi sobrino. Yo

la he oído con verdadero entusiasmo, y le aseguro a usted que, de todos los discursos patrióticos que he oído, ninguno me ha gustado tanto como éste.

—¡Qué cosas tiene este don Gaspar!—dijo don Félix poniéndose algo colorado—. ¡Cuántos discursos habrá oído y pronunciado usted mismo mucho mejores!

—No lo crea usted—replicó vivamente don Gaspar. Y notando la turbación del maestro, añadió en tono festivo: ¿Cree usted, don Félix, que sabría dar cuenta Gonzalo de lo que usted ha dicho?

—Creo que sí—respondió don Félix—, porque, aunque la materia es algo difícil, no es ésta la primera vez que la oye.

Y, dirigiéndose al niño, añadió:

—Dime, Gonzalo: ¿tú qué eres?

—Español—contestó el niño sin vacilar,

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que mi Patria es España.

—Pero España—continó el maestro, recalcando mucho las palabras—, ¿es solamente el territorio que aparece representado en los mapas?

—No, señor; no es solamente el territorio; somos también nosotros, todos los que hemos nacido y nos hemos criado en él?

—¿También los portugueses?—preguntó don Gaspar.

—No, los portugueses, no—respondió el niño.

—Ahora, no; pero antes sí lo fueron—dijo don Gaspar.

Y don Félix añadió con aire de tristeza:

—¡Cosas que Dios permite para castigo de nuestros pecados! Si hay dos pueblos llamados a formar uno solo, y a vivir siempre unidos, son España y Portugal, porque, como muy bien dijo su tocayo y paisano, don Gaspar Núñez de Arce:

Hermanos son el español y el luso;
en mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna les dispuso.

.....
Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho
el mar, el río, el llano y la montaña.

Cuando algún invasor, hallando estrecho
el mundo a su ambición, con ellos cierra,
la misma espada los traspasa el pecho.

El mismo hogar defienden en la guerra
el mismo sentimiento los inspira:
cúbrelos, al morir, la misma tierra,
y tan unidos la razón los mira
como los fuertes dedos de una mano,
y las cuerdas vibrantes de una lira.

.....
Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.

Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin a su mutua desventura,
una patria, una ley y una bandera.

Hizo una pequeña pausa don Félix, y luego continuó, dirigiéndose a Gonzalo:

—Dices que España no es solamente el territorio material que aparece representado con ese nombre en los mapas; que España somos principalmente nosotros, todos los que hemos nacido en ese territorio y nos llamamos españoles. Ahora pregunto: ¿España es eso solo?

—No, señor--respondió al punto Gonzalo.

—Pues ¿qué falta todavía?

—Falta lo principal, lo que hace que todos los españoles sean unos y formen una sola nación y no varias.

—Y, eso, ¿qué es?

—Una cosa así como el alma que une todos nuestros miembros y está en todos ellos dándoles vida y movimiento, o como la sangre que une a todos los individuos de una familia.

—Pero eso, al fin y al cabo, ¿qué es?

—Las ideas, los sentimientos, las virtudes, la cultura, la historia, las leyes y las instituciones; todo lo que los españoles hemos recibido de nuestros mayores y es como el espíritu y la sangre que España nos comunica, al darnos el ser de españoles, y

por eso llamamos a España nuestra madre Patria.

—¡Admirable, admirable!--dijo al oír esto don Gaspar.

Y don Félix prosiguió:

—Dime. Gonzalo: ¿Por qué se llama santo el amor a la Patria?

—Porque es cosa de Dios--contestó el niño.

—¿Cómo que es cosa de Dios?

—Sí, porque Dios manda que amemos a nuestros padres.

—¿Y nuestros padres son la Patria?

—Sí, señor, porque por padres no se entienden solamente los naturales, sino todos aquellos de los cuales se ha valido Dios para comunicarnos todo lo bueno y santo que hay en nosotros, y representan de alguna manera a Dios, que es el Padre común de todos.

—Según eso, serán también nuestros padres el rey, los prelados, los gobernadores civiles y militares, los jueces, los alcaldes y todos los que tienen alguna autoridad sobre nosotros.

—Sí, señor, y como a tales les debemos amor, respeto y obediencia.

—¿Y hemos de amar a toda España o sólo alguna parte de ella?

—A toda, sin exceptuar un solo pueblo.

—¿Y hemos de amarla como es, o como quisiéramos que fuese?

—Como es.

—¿Por qué?

—Porque la Patria ninguno la elige a su capricho; acepta la que Dios le da.

—Bien. Pero en España hay cosas malas.

—Procuremos que no las haya o que no haya tantas; pero no las saquemos a la pública vergüenza, que eso nunca lo hace un buen hijo.»

Educar deleitando

Ya te ha picado la curiosidad, lector. Y, en verdad, que me alegro mucho de que así sea; porque, aunque veo que para tus adentros estás recelando que en estas mal trazadas líneas vas a encontrar menos meollo de lo que el encabezamiento te promete; ello es, que con recelo y todo, te decides a malgastar leyéndolas cinco minutos que tú crees que podrías emplear con más provecho en leer un cuento de Calleja, y como no abandones tu primer propósito, te confieso ingenuamente que me doy por muy bien pagado.

Educar deleitando, dices. ¡Tantas cosas nos educan deleitando!

Así es, ciertamente. Pero la música lo hace de una manera tan singular, que, indudablemente entre los medios puramente naturales, es preciso colocarla en primera línea. Tú mismo me vas a dar la razón enseguida.

No me negarás, pues mejor que yo lo sabes, que en el hombre existe una lucha constante entre la razón y las pasiones. El espíritu y la materia tienen tendencias contrarias y se hacen guerra.

Por esto, todo lo que contribuye a molestar las pasiones, favorece el espíritu, nos educa. Y ¿quién ignora que la música contribuye de una manera muy poderosa a moderar nuestras pasiones?

El arte y la poesía de los antiguos nos ha dejado un testimonio elocuente de esta su creencia en la figura de Orfeo, que con las suaves melodías arrancadas a las cuerdas de su arpa, amansaba las fieras haciéndolas postrarse rendidas a sus pies.

Pues fieras son nuestras pasiones, y si queremos hacerlas olvidar sus instintos salvajes, encontraremos un poderoso auxiliar en la música.

Porque de la misma manera que nuestra inteligencia se gobierna por sus principios, las pasiones se rigen por los sentimientos, y sobre éstos, no lo dudes, tiene el arte de los sonidos una influencia muy grande.

Cuando Saúl sentía levantarse en su corazón las tempestades de las pasiones desbordadas, ¿quién las serenaba? David, como en otro tiempo Orfeo a las fieras, con el sonido de su arpa. Cuando la madre quiere acallar el llanto de su hijo, con la música le calma, y el caudillo que prepara sus tropas para el asalto, las enardece antes con el sonido de los cantos de guerra.

La alegría y la tristeza, el amor y el odio, la magnanimidad y el desaliento, la esperanza, la ira, el temor, todos los afectos capaces de excitar nuestro espíritu, pueden no sólo ser representados por el arte musical, sino también excitados o de un modo maravilloso sosegados.

Más aún: los mismos sentimientos religiosos, por los que el hombre se une de una manera íntima con su Creador y se inflama en el amor divino, ¿quién duda que caen bajo la influencia del divino arte?

Lee las «Confesiones de San Agustín», y verás cómo aquel gran santo, espíritu de profundidad extraordinaria, al oír los cantos sagrados, se sentía inflamado en amor de Dios y libertad de aquellas cadenas de afectos terrenos que tan sujeto le habían tenido.

«Cuántas lágrimas, dice, Serramí, Señor, hondamente conmovido el corazón, al oír los himnos y cánticos suavísimos de tu Iglesia».

Y el cardenal Bona, hablando de la música decía: «Da alegría al alma triste, hace entrever la felicidad de la Ciudad celestial, atrae a los perezosos, deleita a los fervorosos, excita a los justos, al amor, a los pecadores al arrepentimiento».

Y no son de extrañar estos encomios; porque la música comienza, sí, por deleitar con un deleite sensible, el deleite estético, que nos da a sentir su belleza; pero este deleite, cuando la música es lo que debe ser, nos lleva de una manera espontánea y naturalísima al sentimiento de otra belleza superior a todas las criadas, a la fuente de toda belleza.

Los biógrafos de Francisco Haydn, nos refieren una anécdota que nos revela qué sentimientos despertaba la música en aquel espíritu profundamente cristiano. Cuentan que en su ancianidad oyó un día la representación de su oratorio. «La Creación; y fueron tales los misterios que, a través de aquellos torrentes de armonías musicales vislumbró su sentimiento, que lleno de admiración ante su propia obra, exclamó: Esto no es mío, esto es de un ser más elevado.

Y el mismo Nuñez de Arce, aquel escéptico poeta vallisoletano, no te has fijado qué bien expresó en sus «tristezas» esta virtud dignificadora de la música.

Al recordar la inocencia de los primeros años de su vida en que sentía aún latir en su corazón la llama de su amor a Dios al postrarse ante la cruz que extiende sus brazos sobre los altares de nuestros templos exclama:

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella magistrad solemne y grave;
aquel pausado canto parecido
a un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave...

Todo elevaba mi ánimo, intranquilo
a más sereno asilo:
religión, arte, soledad misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y a esta voz interior, que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Pobre poeta. Su espíritu de artista le hizo adivinar que como el cuerpo necesita en esta vida su descanso para no sucumbir a la fatiga que el continuo trabajo le acarrea, así el espíritu necesita sus descansos, y sentía que la música deleitándole le suaviza el fastidio que acompaña este destierro y le deja entrever los descansos eternos; pero ahogó en su corazón escéptico, y marchitó estos sentimientos redentores y permaneció en la noche de su incredulidad.

Nosotros, que tenemos nuestro espíritu templado para los más altos sentimientos, en todos los momentos de nuestra vida podemos percibir con el auxilio del arte un anticipo de la gloria de los bienaventurados como lo percibió el seráfico San Francisco en las armonías angélicas que el Señor quiso mostrarle en esta vida algo de

lo que para los suyos tiene reservado en las mansiones celestiales.

Cultiva, pues, lector, la música, la buena música, no esa oira... flor de un día, y flor las más de las veces de aroma nauseabundo. Cultiva la música que por ser buena es imperecedera, y ella, a su vez, con su lenguaje íntimo y misterioso cultivará tu espí-

ritu y te sugerirá sentimientos nobles y elevados.

Con ella realizarás de una manera fácil y deleitosa la magna obra de tu propia educación y contribuirás poderosamente a la educación de los que rodean.

EMILIO BARDÓN.
Presbítero





La vocación de un Misionero

(HISTÓRICO)

Trece o catorce años, no más, tendría el héroe de mi narración. Era un jovencito verdaderamente agraciado; de porte sencillo, maneras delicadas, carácter simpático y nobleza de alma propia de un colegial que sabe sacrificarse por dar gusto a Dios, a sus padres y a sus profesores.

Encontrábase solo al atardecer de un Viernes Santo en la capilla de su Colegio, haciendo el Vía Crucis. En aquel Colegio podían hacerlo los más distinguidos por su piedad que lo solicitaran.

Pocas estaciones le faltaban para terminar, pero el devoto muchacho iba alargando cada vez más el ejercicio, pues ya no solamente leía en su devocionario el paso ante el que se arrodillaba, sino que se entregaba después de leer a profunda meditación.

Estaba en la estación undécima y meditando en ella formó la resolución más heroica de su vida, que le ha valido gloria imperecedera. Contemplaba a Je-

sucristo extendiendo sus brazos en la cruz para ser clavado en ella. ¿Por quién se sacrifica tan generosamente todo un Dios?, se preguntaba. Por la salvación de los hombres. ¿Y se salvan los hombres? Yo ya estoy en vías de salvación pero, ¡son tantos los miles de paganos que se condenan! (1). ¿Se condenarían tantos si yo consagrara mi vida a salvarlos? Ciertamente que no. Pero ¡es tan dura la vida del Misionero! ¡Eso de vivir continuamente solo, alejado de su país! Por eso hay tan pocos Misioneros. Pero no; a mí eso no me arredra; si Jesucristo hubiera dejado de salvarme por huír el padecer en la cruz podría yo dispensarme de padecer por nadie, pero, puesto que el Señor dió su sangre y su

(1) Se calcula que mueren al día 6.000 paganos, y no es exagerada la cifra, lo que da para cada año una mortandad de infieles de más de dos millones. Es decir que verisimilmente, cada año descienden al infierno veintiocho ciudades como Valladolid.

A detener ese torrente de almas que se condenan acuden presurosos los, relativamente pocos, cristianos que se compadecen de su desgracia.



CURIOSIDADES LITERARIAS

La ortodoxia del Arcipreste de Hita

Aquel genial Arcipreste, mezcla de bufón y arrepentido, que nos dió en un libro sin bautizar el cuadro de una época toda depravación y desenfreno, templado con las auras de un franco regocijo; ¿cómo iba a sospechar que, andando los tiempos, fuera a ponerse en duda lo sincero de su alma cristiana, él que había escrito de su obra: «*De la santidad mucha es bien grand licionario*»?

Y sin embargo, más de un crítico, francés por supuesto, ha recargado con esta nueva afrenta los tonos ya sombríos de la vida *non sancta* del Arcipreste. Comparado con *Rabelais* por su cinismo religioso y doctrinas sensualistas; todavía se ha puesto su nombre al lado de *Wiclef* y de *Lutero*, como si la inmoralidad de *Juan Ruiz*, con ser tan crecida, tuviera algo que ver con las brutales herejías de la *Reforma*.

Negar, como Amador de los Ríos, el carácter autobiográfico del libro de Juan Ruiz, y consiguientemente canonizar, o poco menos, las costumbres harto libres de su autor, sería candidez o exajerado patriotismo; pero de ahí a las crudas afirmaciones de Puibusque y Puymaigre hay un salto muy grande, y no lo salvan todas las audacias del *Arcipreste*.

Hay en su libro un aire de sensualismo una ironía picaresca y sutil, un gesto de impiedad, cierta estudiada complacencia en lo que pudiéramos llamar alegría de la vida, que al pronto desconcierta. Diríase que el

animado retrato, obra del propio Arcipreste, de aquel hombre que

El cuerpo ha bien largo, miembros grandes,
[*tréfudo,*
la cabeza non chica, belloso, pescozudo,
el cuello non muy luengo, cabel prieto, ore-
[*judo....*

y a través del cual parece transparentarse el vigor de unas pasiones poderosas: es la más clara condenación de su pretendida y afectada inocencia.

¿Cómo disculpar, aunque se quiera, aquellos atrevimientos eróticos, aquella vida sin freno, de quien confiesa de sí mismo con el mayor desenfado: *En este signo atal* (el de Venus) *creo que yo nascí*? ¿Y qué decir de aquel desenfrenado aquellarre de la entrada de D. Amor en Toledo de aquellas procesiones de «*omes ordenados*», «*abades y priores*», «*duennas de orden*», que traen al recuerdo las bufonescas y sacrílegas carcajadas de Voltaire?

Y aquella parodia brutal del *Oficio divino* que Sánchez no se atrevió a imprimir, aquel «*Benedictus qui venit*» y «*Mane nobiscum Domine*» que *flayres* y *duennas* cantan a D. Amor; aquella confesión entre compungida y piadosa, hecha de hinojos ante el extraño personaje:

Sennor, tu me hobiste de pequenno criado;
el bien, si algo sé, de tí me fué mostrado.
todo esto y mucho mucho más, que vive con insuperable colorido en la obra del Arcipreste, ¿cómo compaginarlo con las rebuscadas defensas de Amador de los Ríos?

Va todavía más allá el Arcipreste de Hita, y por cierto a costa de su buena fé, en la sátira que Sánchez tildó de falsa y desatinada contra la «*propiedad del dinero ha*», ataque desvergonzado y atrevido contra la Curia Pontificia, tan hiperbólico e hinchado en el fondo y en la forma, que recuerda el estilo de Ovidio, de cuyas virtudes y defectos participó en alto grado el Arcipreste. Hablando del dinero, dice:

*Fasce muchos priores, obispos e abbades
arzobispos, doctores, patriarchas, potestades,
a muchos clérigos nescios dávalos dinidades,
fascie de verdad mentiras e de mitiras ver-
[dades.*

Pero donde, a mi juicio, raya más alta la aberración moral de Juan Ruiz, es en aquel *planto* que hace a *Trotaconventos*, progenitora de la *Celestina*, donde todo suena a blasfemia y a herejía desde aquellos versos:

*A Dios merceded le pido que te dé la su
[gloria,
que más leal trotera nunca fué en memoria.*
hasta aquellos otros en que pide una oración por quien había vivido para realizar el mal:

*Todos lo que oyéredes por Dios nuestro
[Sennor,
la oración fagades por la vieja de amor.*

Todo esto y más hay de censurable en la obra del Arcipreste; más, para dar una explicación cumplida de ello, no es preciso acudir a los dictados de librepensador en embrión y enemigo solapado de la Iglesia; todos o casi todos estos lunares, más que vicios de un autor determinado, parecen defectos de la época. Parodias del Oficio Divino, acaso más brutales que las del Arcipreste, las tienen Garcí Sánchez de Badajoz, Diego de San Pedro y Juan del Enzina. Diatribas más duras contra la simonía se leen en el Canciller Ayala y en el mismo Dante, de cuya ortodoxia nadie ha dudado jamás.

Vivía en el ambiente de la época una relajación general de las costumbres y del espíritu cristiano; y basta leer los escritos

de Arnaldo de Vilanova y de Alvarez Pe-láez para convencerse de que el Arcipreste de Hita, no fué una excepción en su siglo, sinó más bien uno de aquellos clérigos, cuya vida trazó él mismo en la *Cantiga de los Clérigos de Talavera*.

Característica fué del siglo XIV, aquella especie de paradoja moral, aquella fe viva y sincera, a la que iba unida una perversión de costumbres espantosa. Hasta más tarde no se dieron la mano la degradación de la voluntad y del entendimiento. Ejemplo de esa piedad sincera tenemos en el mismo Arcipreste, cuyas cantigas a la Virgen respiran un aroma de devoción y sencillez admirables.

Quien describió, sintiéndolos, aquellos gozos de Santa María, que comienzan:

O Santa María
luz del día,
tu me guía
toda vía

y aquella *cántica de loores*.

Quiero seguir aty, flor de las flores
siempre decir cantar de tus loores
non me partir de te servir
mejor de las mejores,

muy lejos estaba, fueran cualesquiera sus costumbres, de haber perdido la fe.

Esa mezcla de devoción y lubricidad, que es el sello inconfundible de Juan Ruiz, y sobre todo aquella protesta persistente del honesto fin con que escribió este libro, en que son *escriptas algunas maneras e maestrías e sotilezas engañosas del loco Amor del mundo*; son la mejor prueba de que la sensibilidad de su conciencia cristiana percibía lo escabroso de sus versos, y como más tarde el autor de *La Celestina*, se esforzaba por subsanar lo torcido de los medios con la afectada rectitud del propósito.

Obra de un crudo realismo el *Libro de buen Amor*, refleja admirablemente la psicología del siglo XIV, siglo de fe, por más que llevara en germen las apostasias de los siglos que le sucedieron.

TOMÁS CASTRILLO,
Presbítero.

Colegio de San José, 20-1-4

El castillo de Villaldestar

Juanito había ido a pasar las vacaciones con su familia a Villaldestar. Villaldestar era un pueblo que tenía unas pocas calles, unas cuantas casas bajas y blanqueadas y unas afueras.

En éstas había una pequeña colina—montaña castellana—en cuya cumbre unas cuantas piedras, cubiertas de hierba y jaramago, cantaban y pregonaban cómo allí se asentó uno de los castillos más famosos de la Historia castellana. En las laderas unos arboluchos, y serpenteando entre ellos un arroyuelo nacido en un amago de fuente que en la cumbre había. Era el único paisaje algo verde y algo ameno de aquellos contornos.

Fué un día a la hora tercia, que dirían los clásicos, o a la de la siesta, mucho más elocuente, cuando Juanito fué a reposar a



aquella colina. No puede precisarse si fué el cariño a la horizontal, la difícil digestión de unos calamares o lo apacible del lugar. El hecho es que Juanito se tumbó, se olvidó de lo material y se lanzó a discurrir. Al poco rato danzaban en su cerebro y en fantástica mescolanza, Ataúlfo y Carlos V; Trasimeno y Garellano; Rui Fernández y Abd-el-Krim.

Se quedó un momento distraído; de repente sintió un cabezazo. ¡Oh, asombro! La piedra que usara de almohada, volaba ahora hacia la cumbre y con ella otras mil que antes le sirvieron de apoyo en su ascensión, cuando no de recreo a la vista, impulsadas por una legión de libélulas invisibles, para aposentarse en gracioso ate-

rizaje, ora en un muro, ora en una almena, hasta recomponer por completo el que fué y ahora era magnífico castillo.

En un momento y como a una voz, el castillo se pobló, se animó. Juanito no salía de su asombro, viendo discurrir por las murallas a bruscos soldadotes con la ballesta al hombro, mientras sentía a sus compañeros jugar en los patios. Vió dueñas y bufones a través de la ventana abierta de una sala, y pudo escuchar el alegre piafar y resonar de los cascos de los bridones en las caballerizas.

En el torreón más alto ondeaba un pendón que Juanito no pudo descifrar, dada su magnífica ignorancia en materias de heráldica, y a su lado un caballero escrutaba el horizonte con un largo catalejo, cuyo cristal desempañaba con los vuelilos de su jubón, mientras a respetuosa distancia se mantenían dos guerreros. Su porte y continente era grave. En su pecho campeaba un escudo en magníficos bordados dorados; su barba blanqueaba ya. Tuvo una corazonada; aquél era don Nuño Núñez Nuñeira, señor de aquel castillo y de aquellos contornos.

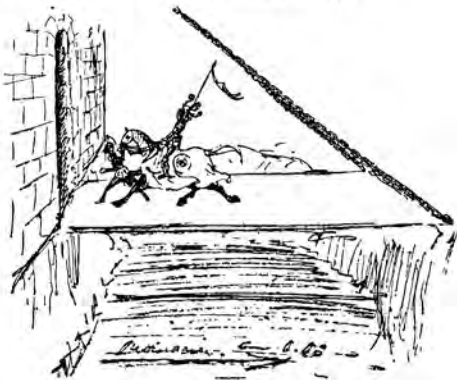
En esto oyó a su lado: «Señor, cuando gustéis»; volvió la cabeza y vió a un escudero que con una mano le acercaba su caballo y con la otra su lanzón.

Se levantó, no sin trabajo, pues la armadura que se encontró puesta le embarazaba mucho los movimientos, y subiendo a su caballo, se dirigió al castillo.

Al salir a un claro del camino, el señor del catalejo le enfocó, le vió y dió tres brincos de regocijo. Indudablemente, sí le esperaba a él. Entonces recordó que, en efecto, tenía que ir al castillo a guisa de amigo del conde que había solicitado su auxilio.

Llegó a la explanada, donde aguardó a que acabase de bajar el puente levadizo, que atravesó orondo, mientras un trompetero soltaba un airoso toque, que seguramente le hubiese resultado magnífico, si

no hubiese desafinado al final tan horriblemente, para terminar en un gallo pianísimo. Miró hacia allí y vió cómo un caballero se despojaba del guantelete y le arreaba un justo capón al inepto trompetero.



Llegó al patio de armas, donde se apeó, y supo que se le esperaba en el salón del Homenaje.

Atravesando corredores y salones, entre el estruendo de sus armas, y las miradas cándidas de los pages y envidiosas de los demás caballeros, llegó a los pies de don Nuño, a quien le deseó muchas prosperidades. Después se dirigió al sitio de la derecha donde Leonora, la hija de don Nuño,—rubia, blanca, bella—se asentaba, a la que espetó un cumplido en verso. Cuando me lo contó hacía tiempo que había ocurrido, pero creo que era así: «Nunca me asusté, señora—porque se me ponga el sol—y llegue la noche oscura.—Tan sólo me asustaré—si el sol de vuestra hermosura—que es el que mi alma adora—a mi lado no se vé.—(Olé).

Nunca lo hubiera dicho. Un caballero bilioso, que para mayor verdad llevaba un airón verde en su casco, le arrojó al rostro la manopla. Juanito, que llevaba alzada, la visera, lo recibió en plena boca, sintiendo cómo saltaban de ella dos dientes y medio, bañados en abundante sangre.

Se armó una zarabanda. Las espadas, mohosas unas, relucientes otras, que no siempre han de serlo todas, brillaron desnudas. Don Nuño Nuño», intervino di-

ciendo con finísimas maneras que a pegarse a la calle.

No salieron a esta, porque ya hemos dicho que el castillo estaba en un descampado, pero salieron a este. Por el camino tuvo Juanito ocasión de arrepentirse, pues el caballero bilioso tenía dos cuartas más que él de estatura y abría los cerrojos a puñetazos. Al llegar al puente levadizo ya llevaba estudiada la forma de caer de bruces, haciéndose el menor daño posible, cuando rodase toda aquella empinada ladera.



Así fué; Juanito sintió cómo perdía el equilibrio y apoyando en el suelo, ora el solomillo, ora la cabeza, como claramente decían los cardenales que allí le quedaron, rodaba hasta el mismísimo arroyo.

El frescor del agua, empapándole los pantalones, le hizo levantarse apenas sentado, para huir despavorido hasta su casa.

Su mamá se asustó al verle; él se lo contó todo. La buena señora tuvo ocasión de reírse un rato, y de tachar de loco a su hijo, que infeliz, le daba a su sueño el valor de una relidad.

Pero cualquiera convencia a Juanito de que fué un sueño, y de que adormilado es como se había rodado toda la ladera; a él le constaba lo ocurrido.

Más adelante, al ver que el castillo seguía tan derruido, empezó a dudar y admitir la posibilidad del sueño.

Pero de lo que a él no le cabía la menor duda, era de los quince chichones, doce desollones y dos chirlos que se pudo encontrar y del diente y medio que no pudo volver a encontrar.

ENRIQUE PÉREZ GARCÍA

(REBOUL)

EL ANGEL Y EL NIÑO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Angel de dulce mirada
ante una cuna se inclina
cual si su imagen pintada
viera en fuente cristalina.

—
—Niño que a mí te pareces
deja este mísero suelo.
Sufrir tanto no mereces;
anda: vámonos al cielo.

—
Aquí nunca hay alegría:
el alma encuentra en sus gozos
dejos de melancolía:
tras el placer hay sollozos.

—
Las dichas turba el temor;
el día es cual noche oscura;
de la borrasca el fragor
el mañana no asegura.

—
Pobre! ¿la pena y quebranto
pondrá en tu frente sonrojos

y la amargura del llanto
enturbiará esos tus ojos?

—
Por el espacio enseguida
conmigo vas a subir:
Dios te descuenta la vida
que aquí habías de vivir.

—
Nadie en la casa en que moras,
con lutos se ponga triste;
sean las postreras horas
como las en que naciste.

—
Serenas estén las frentes,
nada indique sepultura,
¡en tus días inocentes
morirse es tanta dulzura!

—
Y sus alas nacaradas
bate el ángel; callandito
vuela a sus altas moradas...
¡¡¡Madre, se ha muerto tu hijito!!!

Por la traducción:

M. DE BENITO, S. J.





El Lago de Sanabria

Es una cosa corriente entre los españoles que quieren pasar por ilustrados que, al hablar de sus viajes y de las bellezas naturales de los países que han recorrido, ensarten una retahíla de nombres de paisajes extranjeros; de los lagos de Suiza, de Italia; del Mont Blanc, de la Costa azul, de Nápoles y del Vesubio, del Etna; de la Cordillera de los Andes, del Chimborazo, del Cotopaxi y de las Cataratas del Niágara; de Ceilan, la India y la China, etcétera, etc., teniendo a menos el hacer la más ligera mención de las bellezas que los extranjeros admiran en nuestra España.

Es preciso reconocerlo: en nuestra patria existen bellezas de primer orden, pero muchas de ellas completamente ignoradas, o su mérito no reconocido, porque, a fuerza de verlas, no impresionan ya la imaginación con los encantos de su hermosura.

No pretendemos hacer una enumeración de estas bellezas desconocidas por la generalidad de los españoles, tan pródigos en alabanzas para las que se admiran en países extranjeros.

Y una de estas bellezas, o mejor dicho, conjunto de paisajes hermosísimos, se encuentran en un rincón al Noroeste de la ignorada provincia de Zamora, enclavado en el partido judicial de la hermosa villa de Puebla de Sanabria, cuyas vistas aparecen en las tres fotografías tomadas de diferentes partes.

Pero no es de la villa y sus proximidades de lo que vamos a ocuparnos. Nos alejaremos unos diez kilómetros, para llegar al estudio del maravilloso Lago de Sanabria, objeto principal de este artículo, y del precioso paisaje que lo rodea.

Conocemos de vista este hermosísimo y

grandioso lago y en buena parte hemos recorrido sus alrededores tan bellos y deliciosos, como pintorescos; pero nuestras noticias necesariamente han de coincidir con algunas que



1. Puebla de Sanabria, vista del Sur.

nos suministran el P. Florez, en su «España Sagrada», tomo 16, pág. 46; el Académico de la Sociedad Geográfica Señor Fernández Duro, y la conferencia «Excursiones en la provincia de Zamora: el país y lagunas de Sanabria» del Sr. D. Joaquín de Ci-

ria y Vinent, leída por su autor, Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director de Excursiones de la Real Sociedad Geográfica, el 9 de Noviembre de 1912.

Este lago, el más extenso y grandioso de España, situado en la vertiente Este de la Sierra Segundera, está como encajonado entre tres grandes montañas que forman una especie de anfiteatro a su alrededor, y que únicamente dejan una abertura de poca extensión por la parte Este para dar salida a sus aguas y continuar el río Tera su curso en el valle de su nombre, uno de los más amenos de Sanabria.

Estas montañas buzan hacia el lago con una inclinación del 40 al 60 por 100, exceptuando la del lado Sur, en la cual, en una pequeña planicie, a orillas del mismo lago se asientan a corta distancia el Establecimiento Balneario de las Bouzas y un hotel para hospedaje de bañistas y visitantes.

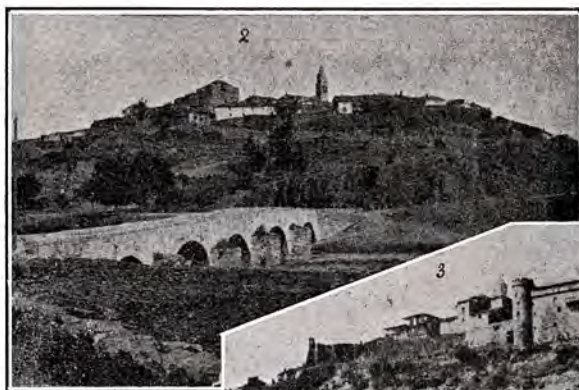
No es posible describir la grandeza del panorama que se contempla desde el Establecimiento; así que nos limitaremos a transcribir el juicio que de él han formado los artistas y sabios que lo han visitado.

Mas, antes de hacer la descripción del Lago, diremos algunas palabras del paisaje que lo circunda, y al efecto transcribiremos lo que sobre él dice el P. Florez en el libro arriba mencionado:

«Cerca del Portillo de Puertas—dice—nace el río Tera, corriendo hacia el Mediodía por encima de las montañas que dividen la Sanabria y el reino de León, de Ga-

licia. A las dos leguas de su curso, baña en la misma montaña la rica vega de Tera, abundante en pastos para ganado merino, y luego se cae el río como de golpe en un valle ameno llamado *La Cueva* sito en las entrañas de aquellos montes, el cual, cer-

cado por todas partes por unas peñas muy altas, es como un *Hortus conclusus* y una especie de Paraíso abrevia-



2. Puebla de Sanabria, vista del Oeste



3. Puebla de Sanabria, vista del Este

do, cubierto de alfombras naturales tejidas de verdes praderas, matizadas por la misma Naturaleza como si fuese con arte, con varios bosques de árboles, manzanos, perales, avellanos, cerezos, acevos, tejos y otras especies que forman un país útil y deleitable. El río, como si no quisiera apartarse de allí, corre lentamente y pacífico por el medio, ministrando por su parte muchas y delicadas truchas, hasta que siéndole preciso despedirse de tan ameno valle, se aparta como despechado, precipitándose por una grande altura al llano de Sanabria, donde para resarcir la fatiga de haberse despeñado, parece quiere descansar y se detiene a formar el Lago aplaudido de Sanabria. (1)

(1) Ya veremos más adelante la inexactitud del Padre Florez, al suponer que el Lago debe su origen

El conocido escritor y académico señor Fernández Duro, de la Sociedad Geográfica, dice: «El que sólo busque el recreo, por tener una salud a prueba, en el Lago y sus cercanías tiene todo lo que puede apetecerse; el botánico, plantas; el cazador, perdices, charrelas, liebres, zorros y venados; el sibarita, ricos peces, suculentas anguilas y salmonadas truchas; el

con una vegetación tropical, en fin, tantas y tantísimas bellezas que, para enumerarlas, es bastante corto el espacio de un artículo.» Y Don Joaquín de Ciria y Vinent, a quien propiamente se debe la descripción científica del Lago y de la que tomaremos gran parte de las noticias referentes al mismo;

añade: «Yo que he viajado mucho, que he recorrido para estudiarlas algunas regiones no sólo de la península, sino de Europa y América, puedo asegurar con toda verdad que he visto sitios que tienen fama de panorámicos, y sin embargo, distan mucho de parecerse a la bellísima región Sanabresa.»

Y además, del conjunto de paisaje, producen siempre una impresión imborrable las visitas que pue-

den hacerse a los pintorescos y sencillos pueblecitos que rodean al Lago, entre los cuales mencionaremos Rivadellago, San Martín de Castañeda, Sotillo, Pedrazales y Galende, que parecen recordarnos tiempos

y viviendas patriarcales, y luego las excursiones a la *Altura del Campo*, a 1.400 metros sobre el nivel del mar, los *Chanos de Anta*, gran pradera cubierta de hermosísimas flores, donde está el *Regato de Covadoso* y la *Laguna de los peces*, con un kilómetro de extensión superficial; el *Pico del Moncalvo* y *Peña Trevinca*, cuyas cumbres se alzan a 2.080 y 2.021 metros respectivamente, y en cuya estribación se halla la *Laguna de los Lacillos* (1.800 metros), la



1 Isla — 2 Manantial del Balneario. — 3 Hotel del Balneario. — 4 Una excursión.

amigo de paisajes, tiene en las cumbres vecinas hermosas planicies cubiertas de esmaltadas flores, y aquí y allá grandes la-

gunas de abundante pesca, manchas plateadas que resaltan en la pradera. Senos hay con ventisqueros donde las nieves son perpetuas; tajaduras de inmensa profundidad; derrumbaderos que causan vértigo al acercarse a sus bordes; crestas altísimas, enormes masas de granito, afectando formas caprichosas y admirables; valles amenos

al estancamiento de las aguas del Tera. Nuevamente volveremos a citar a este autor, al ocuparnos de algunas particularidades del Lago.

Laguna de la yegua y la *Laguna de las sanguijuelas*, por la abundancia de éstas, las de *Barandones* y *Cárdenas* (1.750 metros); la de *Sotillo* y otras, todas ellas abundantes en finísimas truchas.

Hechas a vuelo de pluma las precedentes indicaciones sobre los alrededores del Lago, vamos a dar una noticia de éste, siquiera sea muy concisa.

Desde luego, el aspecto que presenta al que por vez primera lo contempla, es imponente y grandioso. Según la ya mencionada conferencia del cultísimo Comandante de Estado Mayor Don Joaquín Círia y Vinent, y de la cual entresacamos los principales datos, los dos profesores alemanes Srs. Albfass y Ollerich, que vinieron expresamente a hacer un estudio completo del Lago, al llegar a una pequeña altura desde donde pudieron divi-

sarlo, el Dr. Albfass, sin poder contenerse, al contemplar aquella inmensa cantidad de agua le dió un viva, y al acercarse un poco más ¡Esto es grandioso!, exclamó. «Herr Ollerich añadió: «Esto es una de las mayores bellezas naturales de España.»

Con el auxilio del innumerable material científico que, para realizar sus estudios, habían traído desde Alemania, un verdadero arsenal de aparatos, incluso un barco desmontable, comenzaron desde luego a

hacer las investigaciones, todas muy interesantes y científicas, pero que no podemos reseñar por falta de espacio y por la índole de VALLISOLETANA. Nos limitaremos, pues, a consignar los principales datos extractados de la conferencia del Sr. Círia y Vinent.

El Lago.—*Su origen:* Examinado y recorrido detenidamente, y fijándose en su posición y alrededores, desde luego se echa de ver que es de origen glaciar, y que su

formación data de la época pleistocena, a fines del período Tertiary. Confirman esta hipótesis los grupos de morrenas y bloques erráticos y caprichosas moles graníticas con señales evidentes de las erosiones producidas por el glaciar en su deslizamiento primitivo, sobre todo en el trayecto que media entre el límite oriental del Lago, hasta el pueblecito de Galende. La concavidad

donde está contenido el Lago, da lugar a suponer que hubo conmociones telúricas de la corteza, lo que se deduce de la existencia de fuentes hipógeas y manantiales de aguas sulfhídrico sódicas, algunas de las cuales se utilizan para usos medicinales de baños y bebidas.

La forma es de las llamadas de artesa, característica de los glaciares y de rápida pendiente hacia el fondo. Bien quisiéramos detallar con todo detenimiento todas sus



1 Puesta del sol. - 2 A orilla del Lago

características, pero sería extendendernos demasiado, y así solo haremos una rápida enumeración de las principales:

Sus nombres: Varios son los que se le han dado, según los propietarios que ha tenido. Así se le ha llamado de San Martín de Castañeda por haber sido propiedad de los monjes, cuyo monasterio existió en ese pueblo; de Benavente o de Villachica por haber pertenecido a los condes o marqueses de dichos títulos respectivamente. Pero actualmente el nombre con que principalmente se le reconoce, es el de Lago de Sanabria, por estar esclavado en dicha región y por su proximidad a Puebla, cabeza del Partido.

Su fondo: En general es granítico, como las rocas que lo rodean; en algunas partes, sin embargo, es cenagoso, pero esto puede explicarse por la acumulación de tierras y detritus arrastrados de otros puntos y depositados en aquellos parajes.

Procedencia del agua del Lago: Es cierto que en el Lago penetra el río Tera de cuyo origen hemos hecho mención, de lo cual infería el Sr. Arteché que el Lago venía a ser como un embalse del río Tera, pero esta

opinión es inaceptable, pues está demostrado que el agua que el Tera aporta al Lago la saca, y tal vez en mayor cantidad. El Lago se alimenta de manantiales propios, de los desagües de las lagunas y numerosos arroyuelos que bajan de las sierras.

Forma y extensión: La forma del Lago es alargada de O. a E. y con las extremidades redondeadas, y su extensión, según los datos del Instituto Geográfico y Estadísti-

co, es de 360 hectáreas, o sean, 3.600.000 metros cuadrados. Su longitud viene a ser de cinco kilómetros, con algo más de tres de ancho en algunos puntos, lo cual concuerda con lo que dice Morales, citado por el P. Florez, que tiene una legua de largo por media de ancho.

Profundidad: Respecto a este particular, dice con graciosa exageración el P. Florez: «Su hondura es tanta que en muchas partes no se le halla suelo.» Pero de los sondeos practicados recientemente se deduce que la profundidad media es de 45 metros, si bien en algunos puntos se eleva a 80, como ocurre en algunas pozas, que realmente son profundísimas.

Altura, manantiales y cantidad de agua:

La altura del Lago sobre el nivel del mar es de 1.030 metros. Con respecto a los manantiales, ya hemos dicho que existen, lo cual hace que no baje el nivel de las aguas, y que si alguna vez se eleva, es debido

al agua que en mayor cantidad recibe en tiempos de grandes lluvias y del deshielo de las nieves de las sierras. La cantidad de agua que contiene el Lago se calcula en cuatrocientos

cincuenta millones de metros cúbicos.

La Isla: Hacia la parte O. del Lago y ya próxima a la orilla que llaman la *Playa*, existe un islote que actualmente está convertido en un montón de escombros, sobre el cual estaba edificada una casa, no un palacio, como dice Ambrosio Morales, que los condes de Benavente construyeron, sin duda, para su recreo.

Para terminar, y omitiendo detalles ver-



1 y 2 Vistas del Lago

daderamente interesantes, no pasaremos en silencio que en el Lago se forman verdaderas tempestades, como si fuese un pequeño mar, y se levanta un espumoso oleaje que a veces ha puesto en peligro las barcas de los pescadores y turistas que andan por él; y los mugidos de este pequeño mar se



Tempestad en el Lago

oyen con frecuencia a 15 o más kilómetros de distancia si el viento es favorable, como ha tenido ocasión de observarlo el autor de este artículo. Los habitantes de la comarca dicen, cuando este fenómeno se produce, que «brama el Lago».

Respecto a la abundancia de la pesca,

oigamos al P. Florez: «La abundancia de grandes truchas y barbos, es cosa que pone admiración. La voluntad sólo pone número y tamaño a la pesca; y diciendo vamos a sacar cien truchas y barbos de tantas libras, seguramente que no faltará la tasa en número y peso.»

Tal es la breve reseña que del paisaje y de este hermoso Lago, tan poco conocido en España, nos propusimos hacer, reseña muy somera e incompleta, dada la índole del asunto y el carácter de esta Revista.



Alrededores del Lago

Los fotograbados están reproducidos de las bellísimas fotografías obtenidas por el ilustre artista y distinguido médico doctor don Francisco Burgo de Prada.

PEDRO VALDERRÁBANO, S. J.



LA ODISEA DE UN HOLGAZAN

1



LA ENTRADA EN EL COLEGIO.

EL PREFECTO: Conque te vas a aplicar mucho; eh?
LA MAMÁ: Sí, hijo mío: a ver si eres mejor que el año pasado.

EL NENE: Sí, ya estudiaré.....

2



EN EL PATIO DEL COLEGIO.

EL NENE CON SUS AMIGOS-UNO- Oye, qué te decía el P. Prefecto?

-Pues, a ver si estudiaba mucho; yo he dicho que sí; pero.... que estudie.... mi abuela.

3



EN EL SALÓN DE ESTUDIO

EL INSPECTOR: ¡Hola! este "mequetrefe" en vez de estudiar Geografía, se dedica a la Cinética; pues que caze la merienda en un rincón del patio.

4



ANTE EL TRIBUNAL

EXAMINADOR: Cuales son los principales rios de España.

JUANIN: - Pues Ríotinto, Ríotrio... Río seco y....

EXAMINADOR: No sabe Vd. más?

JUANIN: ¡¡.....!!

EXAMINADOR: Pues, recoja esta mercancía.

5

JUAN PÉREZ



AL LLEGAR A CASA.

LA NENA: Mira, papá; qué cosas trae Juanin.

EL PAPÁ: Conque esa frula me trae, granuja!

LA MAMÁ: Déjalo de mi cuenta.